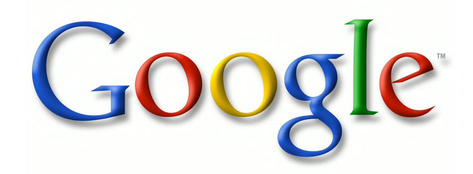




POESÍAS

DE

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA



MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

POESÍAS

DE

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

EDICIÓN AUTORIZADA POR LA V^da^ DEL AUTOR

Tomo II



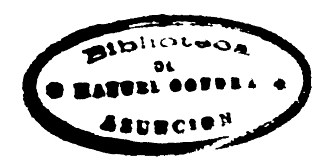
LIBRERÍA DE LA V^DA^ DE CH. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1897

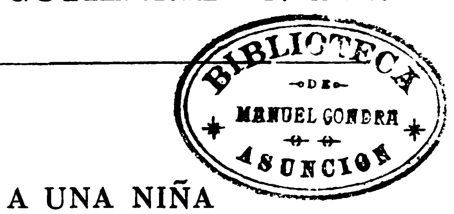
Paris. — Imprenta de la V^{da} de Ch. Bouret.



POESÍAS

DE

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA



A UNA NIÑA

Entras al mundo por ebúrnea puerta;
La calma tienes; el dolor ignoras;
Y hay en tu ser, que apenas se despierta,
La azul obscuridad de las auroras.

El ansia del placer, los sueños tristes,
Huyen tu tierno corazón dormido,
Y aún, cuando en la alcoba te desvistes,
No te hablan los amores al oído.

Alas ostentas y volar no sabes:
Rompes juguetes, voluntades juntas,
Y apenas, niña, como tiernas aves
Comienzan á agitarse tus preguntas.

Tus padres te despiertan, y de prisa,
Sin ocultar del seno la turgencia,
Andas por las alfombras en camisa,
Con el casto impudor de la inocencia.

Tú sólo lloras si tu madre llora,
Sufres... cuando el canario se te vuela;
Te enfadas... con la madre superiora,
Y riñes... con las niñas de la escuela.

Como perfume de naciente rosa,
Pasas inmaculada por la vida;
Eres ángel; mañana serás diosa;
Tus padres te aman, y el dolor te olvida.

1882.

DE MARGARITA

Un rizo tengo aquí de tu cabello:
Rizo que con malicia y travesura,
A la trenza que enroscas en tu cuello
Robé como reliquia de hermosura.

Para adquirir ¡oh, diosa! tal tesoro,
Rostchild y Vanderbilt son muy pequeños ;
Con este breve pedacito de oro
Voy á comprar el mundo de los sueños.

¡ Áquí está !... Si me acerco, si respiro,
En el blanco papel bulle travieso ;
Por eso, triste, sin hablar, lo miro,
Y con los ojos nada más lo beso !

[illegible]
1883.

PARA UN ALBUM

El verso es ave: busca entumecido
Follaje espeso y resplandores rojos:
¿Qué nido más caliente que tu nido?
¿Qué sol más luminoso que tus ojos?

1883.

A LA SEÑORITA

LUZ LANDERO

Como una alcoba de virgencita,
    Como una ermita,
Como la concha más tornasol,
Como la caja de blanco armiño,
Como la cuna de rubio niño,
Como la cárcel del caracol;

Así es tu álbum, nido escondido
    Que por ser nido,
Buscan las aves para soñar;
Cofre de plata que guarda flores,
Lazos de seda, cartas de amores,
Versos escritos por tus cantores
Y perfumados con azahar.

Como en el coro monje sombrío,
Como en la alcoba lecho vacío,
Como el retrato del que murió,
Como mirada de hombre perverso,
Así en tu álbum queda este verso,
        Y quedo yo!

Paso por tu álbum, como el profano
Cruza el solemne templo cristiano,

Bajos los ojos, lento el andar ;
Mi fe renace, la frente humillo,
Tiendo los brazos y me arrodillo
Frente al altar !

*
* *

Cuando del baile triste regresa,
Deja la hermosa sobre la mesa
El guante roto, la seca flor ;
Así en tu álbum, mármol brillante,
Queda este verso, como ese guante
Entre las rosas del tocador !

1883.

RESURREXIT!

Tu amor no muere en mí! Su sien helada
Late junto á mi pecho dolorido:
Intacto está tu altar, blanca enlutada;
Tu amor no muere en mí: vive dormido.

1883.

LA ABUELITA

Tres años hace murió Abuelita :
Cuando la fueron á sepultar,
Deudos y amigos en honda cuita
Se congregaron para llorar.
Cuando la negra caja cerraron,
Curioso y grave me aproximé,
Y al verme cerca, me regañaron
Porque sin llanto la contemplé.
Dolor vehemente rápid/pasa :
Tres años hace que muerta está,
Llovieron penas, y nadie, en casa,
De mi Abuelita se acuerda ya.
Yo solo tengo luto y tristeza,
Y su recuerdo fuerza cobró,
Como del árbol en la corteza
Se ahonda el nombre que se escribió.

1883.



PARA EL ÁLBUM DE UN AMIGO

¡Ay, cuántas cosas tengo en el pecho
Que en chorro inmenso quieren brotar!
¡Ay, y qué muda siento mi alma,
Y qué impotente mi voluntad!
Soy carcelero de mis quejidos,
Soy un avaro de mi dolor,
Mato á mis hijos y los entierro
En lo más hondo del corazón.
¿Por qué mis penas en celda viven?
Á claustro y tocas las condené,
Y sé que tienen tristeza y hambre.....
Que tienen hambre, que tienen sed!
¡Oh mis reclusas! ¡oh monjas mías
En el convento vivid en paz,
Que no hay consuelo para vosotras
Y es muy perversa la humanidad
Si doloridas salís al mundo,
Á risa y mofa provocaréis.....
¡Mejor la toca! ¡mejor el claustro
Yo nunca, penas, os dejaré!
Para mis dichas, abro la jaula:
Ya sé que vuelan...... ¡aves al fin!
Pero vosotras no tenéis alas

Y sois constantes ¡ quedad aquí !
Las dichas tienen rico plumaje.....
Esas que luzcan su juventud !
Para las penas que tanto lloran,
No hay más abrigo que el de la cruz.
¡ Volved, mis monjas, al monasterio ;
Velo muy negro siempre os cubrió ;
Rezad llorosas lejos del mundo
Que allí se puede creer en Dios !
De mis dolores y desencantos
Dueño absoluto siempre he de ser ;
Sólo á la muerte que es muy callada,
En un suspiro se lo diré !

T[illegible]

1883.

Á ISABEL

¿Versos me pides? El desierto nido
No pueblan ya los pájaros cantores,
Las hojas de los cedros han caído
Y los versos huyeron con las flores.

En otro tiempo, como turba alada,
Llegaba á mi balcón la poesía,
Y de los versos la gentil parvada
Mi mesa y mis papeles revolvía.

Hoy en vano procuro detenerla
Y escucho sus canciones de cariño,
Como quien oye hablar, sin comprenderla,
Una lengua que supo cuando niño.

Pero lo quieres tú y en el piano
La música otra vez sus ondas mueve;
¿Qué otra mano, Isabel, sino tu mano,
Puede encontrar violetas en la nieve?

¿Qué bardo tu beldad no cantaría,
Si todo lo dominas y avasallas,
Si eres, cuando hablas, la armonía;
Y la luz y el perfume cuando callas?

Tuya es mi inspiración, y pues la nombras,
Alzándose del túmulo escondido,
Como brota la luna de las sombras,
Resurge lentamente del olvido.

Todo lo puedes : cuando el agua miras
Perlas se vuelven las brillantes gotas,
Y cada vez que cantas ó suspiras,
El aire todo transforma en notas.

¿Qué risco habrá tan árido y desnudo
Que no brote una flor bajo tu planta;
Si hasta la roca de granito mudo
Cuando la hieres con tu vista, canta?

Por ser lo que en tus rizos se consume,
Por ceñir tu garganta y poseerla,
La molécula aspira á ser perfume,
La gota de agua á convertirse en perla.

Pasas, y con unánime albedrío
La alondra enamorada pára el vuelo,
Asómanse los peces en el río,
Y las castas estrellas en el cielo.

Inspiradora de las buenas cosas,
La pena endulzas, los dolores calmas,
Y el perfume que robas á las rosas
Derramas en el seno de las almas.

Como á Homero la Grecia, de tu cuna
Dispútanse los astros el tesoro :
— ¡ Es blanca! — dice la apacible luna —
Y el sol – mirando tu cabello — ¡ es de oro!

¿ De qué país color de rosa vienes ?
¿ En dónde ¡ oh diosa ! levantaste el vuelo?
Algo de Olimpo en la belleza tienes,
Y en tu excelsa virtud mucho del Cielo!

¿ Qué alma no es tributaria de tu encanto?
¿ Qué ave no te confunde con la aurora?
¿ Qué lira puede acompañar el canto
Digno de tu alma y tu beldad, señora?

Antes de verte, las canciones mías
Sin fuerza ni calor, bogaban solas,
Como sirenas pálidas y frías
Postradas en el dorso de las olas.

Pero á tu vista, la onda se estremece,
El alba en las montañas se levanta,
Brilla el coral, la escama resplandece
La concha se abre y la sirena canta.

....

En vano intenta retratarte el hombre :
Si quieres tu belleza ver descrita,
Abre el « *Fausto* » inmortal, y pon tu nombre
En donde *Goethe* puso : *Margarita.*

1883

MADRE NATURALEZA

Madre, madre, cansado y soñoliento
Quiero pronto volver á tu regazo,
Besar tu seno, respirar tu aliento
Y sentir la indolencia de tu abrazo.

Tú no cambias, ni mudas, ni envejeces;
En ti se encuentra la virtud perdida,
Y tentadora y joven apareces
En las grandes tristezas de la vida.

Con ansia inmensa que mi ser consume
Quiero apoyar las sienes en tu pecho,
Tal como el niño que la nieve entume
Busca el calor de su mullido lecho.

¡Aire! más luz! una planicie verde
Y un horizonte azul que la limite,
Sombra para llorar cuando recuerde,
Cielo para creer cuando medite!

Abre, por fin, hospedadora muda,
Tus vastas y tranquilas soledades,
Y deja que mi espíritu sacuda
El tedio abrumador de las ciudades.

No más continuo batallar : ya brota
Sangre humeante de mi abierta herida,
Y quedo inerme, con la espada rota,
En la terrible lucha por la vida.

Acude, madre, y antes que perezca
Y bajo el peso del dolor sucumba;
Ó abre tus senos, y que el musgo crezca
Sobre la humilde tierra de mi tumba!

1881.

DESCONOCIDA

Para amar una vez — ¡una siquiera!
Yo busco, pecador arrepentido,
Á la inocente virgen que me espera,
Como cansada tórtola en su nido.

No sabe cuando llamaré á su puerta;
Antes de conocerme, ya me amaba;
Iré muy quedo, le diré: ¡despierta!
Y ella contestará: ¡Ya te esperaba!

Ver me parece la tranquila casa,
Llena de luz, de pájaros y flores,
La baña el sol, y murmurando pasa
El viento por los anchos corredores.

No hay en las salas bronces señoriales
Ni decoran sus muros los espejos:
Los antiguos y cómodos sitiales
Están raídos por el uso y viejos.

En cambio todo cuanto allí juntóse
La vida honesta y la virtud revela:
Esa es la silla en que la madre cose;
Ése, el sillón en que murió la abuela.

¡Ah! ¡Con qué gozo sentirá mi pecho
Aquel ambiente de quietud y calma,
Y mis ojos verán el casto lecho
Donde duerme la amada de mi alma!

Todas mis fuerzas para ella guardo,
La busco en lo más santo y escondido,
Y luego, al regresar con paso tardo,
Murmuro cada noche; ¡no ha venido!

¡Será hoy! — pienso alegre, si risueño
Hiere el rayo del alba mi ventana,
Y por la noche, al entregarme al sueño,
Me dice la ilusión: ¡será mañana!

Sé como es: en el hogar dichoso
La finge cada noche mi cariño,
Estrechando las manos del esposo,
Clavadas las pupilas en el niño.

Púdica flor de solitario valle,
Vive inocente en dulce confianza,
Y ningún brazo rodeó su talle
En las curvas lascivas de la danza.

No ha tocado jamás mano ninguna
De su corpiño los sedosos nudos,
Ni retrató la veneciana luna
Sus hombros escultóricos desnudos.

La ignora el mundo: por la tierra pasa
Con el lirio del ángel en la mano,

Y los umbrales de su pobre casa
No pisan las sandalias del profano.

¡Oh dulce! ¡oh tierna! ¡oh casta prometida!
Te siento cerca sin poder mirarte!
Pero si tú no existes en la vida
Mi amor tiene la fuerza de crearte!

Si eres flor, ¿dónde estás? ¿Qué tierra inculta
Abrirse vió tus hojas de alabastro?
¿En qué desierto neptuniano, oculta
Brillas para otros mundos, si eres astro?

Tal vez en un rincón del universo
Como yo quiero, quieres y deseas,
Y acaso, blanca virgen, este verso,
Sin conocerme, pensativa leas.

¿Con qué mística voz he de llamarte,
Para que acudas pronta á mi reclamo?
¿En qué cielo remoto he de buscarte?
¿Cómo podré decirte que te amo?

Contemplando el camino é impacientes
Te guardan mis sencillas ilusiones,
Como esperan los niños inocentes
La vuelta de la madre, en los balcones.

La casa, á recibirte preparada,
Adornaron mis genios tutelares...
Ya verás la escalera salpicada
Con hojitas de rosa y azahares.

¡Ah! cuando vengas y tu breve paso
Resuene en los alegres corredores,
Sobre tu falda de crujiente raso,
En fresca lluvia bajarán las flores.

¡Ven! Purifica la existencia mía,
Envuélveme en la nube de tu velo;
Que mire á Dios, como antes le veía,
Á través de tus rizos, en el cielo!

Todos mis sueños sin cesar te llaman;
Serás en mi existencia, bien amado,
Como el óleo bendito que derraman
En el ara del templo profanado!

1884.

LA DUQUESA JOB

Á Manuel Puga y Acal

En dulce charla de sobremesa,
Mientras devoro fresa tras fresa
Y abajo ronca tu perro Bob,
Te haré el retrato de la duquesa
Que adora á veces el duque Job.

No es la condesa que Villasana
Caricatura, ni la poblana
De enagua roja, que Prieto amó;
No es la criadita de pies nudosos,
Ni la que sueña con los gomosos
Y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
No tiene humos de gran señora:
Es la griseta de Paul de Kock.
No baila *Boston*, y desconoce
De las carreras el alto goce,
Y los placeres del *five o'clock*.

Pero ni el sueño de algún poeta,
Ni los querubes que vió Jacob,

Fueron tan bellos cual la coqueta
De ojitos verdes, rubia griseta
Que adora á veces el duque Job.

Si pisa alfombras, no es en su casa;
Si por Plateros alegre pasa
Y la saluda Madam Marnat,
No es, sin disputa, porque la vista;
Sí porque á casa de otra modista
Desde temprano rápida va.

No tiene alhajas mi duquesita,
Pero es tan guapa, y es tan bonita,
Y tiene un cuerpo tan *v'lan* tan *pschutt*,
De tal manera trasciende á Francia
Que no la igualan en elegancia
Ni las clientes de Hélene Kossut.

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita, ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
En las baldosas! ¡Con qué meneo
Luce su talle de tentación!
¡Con qué airecito de aristocracia
Mira á los hombres, y con qué gracia
Frunce los labios — ¡Mimí Pinson!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,
Ella, ligera como una cebra,
Sigue camino del almacén;
Pero ¡ay del tuno si alarga el brazo!
Nadie le salva del sombrillazo
Que le descarga sobre la sien!

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,
Esprit rociado de Veuve Clicqot;
Talle de avispa, cutis de ala,
Ojos traviesos de colegiala
Como los ojos de Louise Theo!

Agil, nerviosa, blanca, delgada,
Media de seda bien restirada,
Gola de encaje, corsé de ¡crac!
Nariz pequeña, garbosa, cuca,
Y palpitantes sobre la nuca
Rizos tan rubios como el cognac.

Sus ojos verdes bailan el tango;
Nada hay más bello que el arremango
Provocativo de su nariz!
Por ser tan joven y tan bonita,
Cual mi sedosa, blanca gatita,
Diera sus pajes la emperatriz.

¡Ah! tú no has visto cuando se peina,
Sobre sus hombros de rosa reina
Caer los rizos en profusión!

Tú no has oído qué alegre canta,
Mientras sus brazos y su garganta
De fresca espuma cubre el jabón!

¡Y los domingos!..... ¡Con qué alegría
Oye en su lecho bullir el día
Y hasta las nueve quieta se está!
¡Cuál se acurruca la perezosa,
Bajo la colcha color de rosa,
Mientras á misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
Cubre sus rizos, el limpio traje
Aguarda encima del canapé;
Altas, lustrosas y pequeñitas,
Sus puntas muestran las dos botitas,
Abandonadas del catre al pie.

Después ligera, del lecho brinca,
¡Oh quién la viera cuando se hinca
Blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Qué valen junto de tanta gracia
Las niñas ricas, la aristocracia,
Ni mis amigas de cotillón?

Toco; se viste; me abre; almorzamos;
Con apetito los dos tomamos
Un par de huevos y un buen beefsteak,
Media botella de rico vino,
Y en coche juntos, vamos camino
Del pintoresco Chapultepec.

. . . .

. . . .

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job!

1884.

PARA EL ALBUM DE UNA HERMOSA

¿En qué verso, en qué mágica leyenda
De poeta gentil, hube entrevisto
De tu hermosura el resplandor? ¿Fué acaso
En un lienzo de Rubens? ¿En Virgilio?
¿De Bion de Smirna en el fragante idilio,
Ó en las estrofas del gallardo Tasso?

¿Eres la fresca y joven campesina
Que Anakreon cantó? ¿La virgen noble
Que al cruzado esperaba en el castillo?
¿De mirtos y de rosas la corona
Ciñe graciosa tus ebúrneas sienes?
¿Ó, fugitiva, del Olimpo vienes,
Y te llamas ¡oh prófuga! Pomona?

¿De qué rosas los angeles formaron
Tu epidermis süave? Dí: ¿las brisas
Nacen entre tus labios, y allí apuran
La frescura que tienen tus sonrisas?
¿Eres la hermosa y joven hechicera
Que abre las puertas del jardín de Armida,
Ó viniste entre flores á la vida
Á la vez que nació la Primavera?

Sólo sé que tu encanto
Almas subyuga; que, por ti hechizada,
Vive la luz en tu pupila hebrea,
Y que, ufana, riendo, coquetea
En tu limpia mirada.
Sólo sé que al mirarte recordamos
Las altivas y jóvenes guerreras
De fuertes brazos y arrogante cuello,
Que cruzaban las árabes colinas,
Y que en tu negro, undívago cabello,
Aun proyectan su sombra las sabinas
Sólo sé que formaron los amores
Tus pupilas, con noches tropicales;
Tus labios juguetones, con corales;
Y tu cuerpo, con flores!

1884.

EN SU ALCOBA

¡Oh blanca alcoba de mi bien amado!
¡Cómo al sentirte el corazón palpita!
Quiero entrar... y deténgome callado
Cual Fausto en el jardín de Margarita.

Todo en tu casto y amoroso ambiente
Respira calma, castidad, pureza:
Allí descansa la marmórea frente...
En esa silla, por la noche, reza.

Dejad que aquí con avidez respire
El perfume de ella desprendido,
Que en el espejo en que se ve me mire,
Y que guarde la puerta de su nido.

Dejad que á su camita perfumada
Me acerque palpitante, y, de rodillas,
Los labios ponga al fin en la almohada
Que ha sentido el calor de sus mejillas.

Aquí, como la aurora entre celajes,
En la mañana, al despertar risueña,
Descorre poco á poco los encajes
Que la envuelven y cubren cuando sueña.

Las flores que la envié por la mañana
Están allí, con sus azules lazos,
Junto á la blanca y honda palangana
Que aun conserva el aroma de sus brazos.

Ese peine ha tocado su cabello,
Y ese níveo listón y aquéllos rojos,
Son los que ciñen su divino cuello
Y desato al mirarla con los ojos...

¡Lámpara breve que su mano toca,
Cuéntame si á tus tímidos reflejos
Ves entornarse su carmínea boca
Esperando los besos que están lejos!

¡Cortina que la ves dormir en calma
Cuando reina la sombra muda y fría,
Dime si por las noches sale su alma
Para hablar un momento con la mía!

1884.

TRAS LOS MONTES

¡Pobre alma! golondrina que no tiene
más nido que tu amor, dulce bien mío,
pájaro errante que á buscarte viene
empapadas las alas de rocío.

Deja, sí, deja que á tu choza vuelva:
hierven las aguas del arroyo inquieto
y extienden las encinas en la selva
sus inmóviles brazos de esqueleto.

El valle con la noche se ennegrece,
duermen las flores y las fresas rojas,
y á veces la luciérnaga parece
una lágrima de oro entre las hojas.

Huyen las aves con medroso vuelo,
rozan sus alas la campiña muda,
y negra nube atravesando el cielo
como gigante víbora se anuda.

¡Ah!; qué negra es la noche de la vida!
¡Qué largo este camino! Casi muerta
el ave de mi alma, entumecida,
ha caído sin fuerzas en la puerta!

El bosque obscuro atravesar no quiere,
ya no puede volar á la montaña,
la lluvia moja su plumaje, y muere
sin sentir el calor de la cabaña.

Ábrele, que en sus alas han caído
las hojas, secas ya, de sus amores,
todas las tempestades del olvido,
y la lluvia de todos los dolores.

1884.

PARIS, 14 DE JULIO

(Cátulo Méndez).

I.

En camisa, el pie de Rosa
En el pantuflo escondido,
Entorna el balcón curiosa,
Fatigada y calurosa
Por lo mucho que ha dormido,

¿Lloverá? En la chimenea
La facunda tropa alada
No bulle ni travesea;
Todo en el plomo pardea
De la mañana nublada.

Y viendo las nublazones
En masa compacta y recia,
Rosa piensa en los balcones
Adornados con listones
Y faroles de Venecia.

¡Lloverá! Festones, galas,
La lluvia á mojaros va!

Y quedaréis en las salas
Como el ave que sus alas,
Herida, arrastrando va.

Globos rojos, vivas flores,
Por el chubasco bañados
Vais á quedar sin fulgores
Cual ojos de mil colores
De lágrimas empapados.

Y el idílico sombrero
Con que en la gran fiesta pública
Quisiste honrar con esmero,
Á tu querido primero,
Y después á la República,

Será en tu rubia cabeza
Tan gallarda y olorosa,
Flor de mágica belleza
Moribunda de tristeza,
Como tu espíritu, Rosa.

Con tus lágrimas sencillas
La pupila azul empañas;
Pero llega de puntillas
Tu novio, ve tus mejillas
Y te besa las pestañas.

Después, el índice alzando
En que tu alianza se ve,
Te va alegre señalando
Los rayos del sol flotando
En el espacio *ouaté*.

Ya el sol sus dardos arroja
Sobre los techos de enfrente,
Cesa tu infantil congoja
Y la inmensa gloria roja
De la luz, rompe el Oriente,

En tanto que el novio besa
Con beso franco y sonoro
Tu garganta de princesa,
Tus rojos labios de fresa
Y tus cabellos de oro.

Ya en el gracioso sombrero
Con que en la gran fiesta pública
Quisiste honrar con esmero,
Á tu querido primero,
Y después á la República,

Puedes alegre y ufana
Pensar, Rosa, sin temor,
Sonriendo á la mañana
Con la dicha soberana
De la luz y del amor.

II.

¡ Á los campos, á Versalles !
Convidan allí á beber,
Formando compactas calles,
Los fonduchos y tendalles
De otra nueva Brinviliers.

¡ Á las playas temblorosas
Que azotan los vientos rudos,
Y adonde acuden curiosas
Hasta las más pudorosas
Para ver hombres desnudos !

Á los casinos alpestres
En que se toma cognac
Mientras músicas pedestres
En plataformas agrestes
Tocan polkas de Offembach !

Pollos, gomosos, cocotas,
Arlequín, Pierrot, Don Juan,
Sportmen, falsas mascotas,
Prostitutas y devotas
Olientes á Ylang-Ylang ;

Id en trenes ó carruajes
Á donde os plazca reir,
Luciendo cuerpos y trajes,
Que ni envidio vuestros viajes
Ni á Versalles he de ir.

Yo entre el pueblo tumultuoso
Que habla y canta sin reposo
Iré sólo con mi amor,
Viendo ondular orgulloso
El pabellón tricolor.

Ver la turba me recrea
Cuando bulliciosa ríe,
Brinca, blasfema, codea
Y como océano olea,
Y como París, sonríe!

No más cátedra. ¡Arrogantes,
Oh banderas, flamead!
Lucid, faroles; triunfantes,
Celebremos delirantes
La sublime Libertad.

Mi balcón como ascua de oro,
Incendio en que arden mil flores,
Guarda todo mi tesoro,
Y pongo en verso sonoro,
Oh bandera, tus colores!

Rosa, entre la turba espesa
Acudiendo á mi reclamo,
Conmigo marcha traviesa,
Y canta la Marsellesa
Mientras le digo: te amo.

¿Dónde hay mayor hermosura?
En su voluble canción
El patriotismo fulgura,
Pues de la diosa Locura
Se hace la diosa Razón

Dan al aire sus sonidos
Los instrumentos de cobre;

Ven y valsemos unidos,
En la calle confundidos
Con el soldado y el pobre.

Quiero cumplir tus antojos
Y que en mis brazos ondules,
Y ver, griseta, en tus ojos
Los cohetes, astros rojos,
Y las estrellas azules.

En nuestra alcoba después,
Cuando el cansancio nos rinda,
Del peinador á través
Veré, postrado á tus pies,
Tu forma púdica y linda.

Cuando tu mano me apriete
Y amorosa me sujete,
Verás cómo, con malicia,
Celebra el postrer cohete
Nuestra primera caricia

1884.

EN UN ABANICO

Pobre verso condenado
Á mirar tus labios rojos
Y en la lumbre de tus ojos
Quererse siempre abrasar;
Colibrí del que se aleja
El mirto que lo provoca,
Y ve de cerca tu boca,
Y no la puede besar!

1884.

DE AMORES

Para tus rizos son estas flores;
Son estas perlas para tu cuello;
Para tu oído, todos mis cantos;
¡Para tu boca todos mis besos!
Nada me pidan labios profanos!
Nada me pidan..... que nada tengo,
Que todo es tuyo, mi blanca reina,
Como los astros son de los cielos.

¡Cuánto me apiado de los esclavos!
¡Y no medito que eres mi dueño!
Odio cadenas ¡y me las ciño!
Combato reyes ¡y soy tu siervo!
De pie y erguido, frente á los grandes,
Su áurea corona miro altanero...
Pero delante de mi reinita
Ya no soy libre, ni quiero serlo!...

¡Dulce pobreza la que yo sufro
Porque te he dado cuanto deseo!

II

Un beso te quiero dar;
Pero, de fijo, no sé
Ni cómo lo he de empezar...
Ni cuándo lo acabaré.

III

¡No morirás, oh virgen adorada!
Puede romperse nuestra frágil vida,
Pero tu nombre pasará á los siglos:
¡Á quien ama el poeta nadie olvida!

Todo perece: en el inmenso espacio
Envejecen los astros y se apagan.
De los seres excelsos
Como ligera nube pasa el culto;
Y en todas las conciencias combatidas
Hay algún Dios sepulto!...

Mas á la virgen que cantó el poeta,
La muerte, de rodillas, la respeta!
Mientras alienta una alma
Que tenga sed de amor y mientras busque
Para expresar sus ímpetus el canto;
Mientras tengan los años primaveras
Y las pupilas llanto;
Mientras amor y penas sienta el hombre,
Será eterno tu nombre!

1885.

EN LA ORILLA

El tedio, del dolor hijo bastardo,
En mi espíritu habita como dueño,
Y sin gozar ni padecer aguardo
La barca muda del eterno sueño.
¿Cuándo, barquero, de mi afán te dueles?
Hiende, por fin, las olas rumorosas,
Ven pronto... con los últimos claveles,
Se fueron las postreras mariposas.

1885.

DE MIS "VERSOS VIEJOS"

RICHTER-SALVATOR ROSA.

Nada receles; con ligero vuelo
Alegres ninfas á esta roca llegan,
No sin vencer la voluntad de nuestro
Padre Océano
Luego vencimos virginal vergüenza
Y por el éter en alado carro,
Los pies descalzos, acudimos todas
Á consolarte.

ESQUILO.

I

¿Recuerdas de Richter, de Richter sombrío,
El verso tan triste, tan triste, tan frío,
En que habla del mártir clavado en la cruz?
Blancura sin sangre, blancura nevada,
De estatua yacente blancura callada,
Entreabre en el verso sus ojos sin luz.

Nos pinta el poeta la cripta, las fosas;
Los niños reviven; levantan las losas,
Y á Dios suplicantes, le dicen: — Ya! ven! —
Y Dios, sollozando, responde: — ¡Mis muertos!
¡Me tienen clavados los brazos abiertos;
No puedo abrazaros... he muerto también!

— Jesús — le preguntan — ¿ sin padre nacimos ?
Si no nos conoce, si ya le perdimos,
Si no quiere vernos, si todo olvidó,
Apiádate entonces, tú danos un padre,
En ti fervorosa creyó nuestra madre...
Jesús les contesta : — ¡ Soy huérfano yo!

Un rayo de luna, silente, muy leve,
De luz ya sin vida, de luz toda nieve,
Alumbra impasible la eterna orfandad :
El Cristo, ya exangüe dobló la cabeza...
Se acerca á las tumbas la pobre tristeza,
Y dice á los niños : — Dormid. ¡ Olvidad!

. . . .
. . . .

Así, como esos tan pálidos niños,
En mí resucitan amores, cariños,
Y trémulos tienden los brazos á ti.....
Tú, virgen, entornas los párpados rojos;
Crepúsculo tibio de amor, en tus ojos
Despídese triste, muy triste de mí!

II

¿ Recuerdas los versos del trágico griego ?
Las fraguas de Hefestos, matrices del fuego,
Retando á los dioses, profana un titán ;
De Zeus, el fulmíneo, la mano se crispa :
El hombre le hurta la mágica chispa,
Y eleva su incienso al hombre el volcán.

Ya tiene la grande, la enorme potencia,
Secreto inviolado, recóndita esencia
De acción y de hechizo, de aliento y de luz...
La Fuerza invencida, sorprende al furtivo
Ladrón de su alma, y clávale vivo
En cruz de titanes : el monte de Elbruz.

El Padre Océano se yergue, levanta
Su turba de olas y al mártir le canta
La inmensa elegía, que no morirá :
Del Cáucaso tremen los ecos más hondos;
Piadosas, erectos los senos redondos,
Oceánides blancas acércanse ya.

Susurro de alas palpita en el aire,
Murmurio de espuma prendida al desgaire
En ola traviesa que brinca gentil;
Ruido ligero de místico velo
Que mármoles roza, con tímido vuelo
Se eleva del negro y abrupto cantil.

El mar acaricia las trenzas de oro;
Cual niebla, se alza del trémulo coro
Un húmedo, lento, sollozo de amor,
Del pálido mártir la faz se ilumina,
Y lánguida mece la onda marina
Los cuerpos desnudos que tiñe el rubor.

Asi, como ese Titán Prometeo,
Clavado á la roca te vió mi deseo!
Tus cantos de amores inmóvil oí:
¡Oh brisa, columpia, columpia la ola!
No está en el espacio mi alma tan sola...
¡Oceanides blancas, cantad junto á mí!

1885.

MARGARITA

¡Sí; pasa, blanca virgen, y tu fragante ramo
Al templo lleva pura!... ¡De ti me alejaré!
Tus húmedas pupilas me dicen : ¡yo te amo!
Y aunque pudiera amarte, me digo : ¿para qué?

No quiero ser quien turbe con alma dura y seca
La calma de tu vida, la dicha de tu hogar...
Sigue soñando amores junto á la pobre rueca,
¡Oh, tierna Margarita que anhelas despertar!

Yo sé que cuando sales ¡oh virgen! de la misa,
Con avidez me buscas, pensando siempre en mí;
Y que á la anciana dices : — no vayas tan aprisa —
Creyendo darme tiempo de que te encuentre así.

Yo sé que cuando llegas á tu escondida casa,
El rostro vuelves siempre, por ver si llego yo!
Y pensativa dices : ¿por qué, por qué no pasa?
Si amor por mí no siente ¿por qué me enamoró?

Que buscas mil pretextos, disculpas y ocasiones,
Astuta y previsora, para salir después;
Que dejas siempre abiertos ¡oh niña! los balcones
Y coses junto á ellos, por si pasar me ves!

Te engañas, virgen pura, tú estás enamorada
No del amante esquivo, del misterioso amor;
Y tu ternura ofrece su copa delicada,
Como su cáliz fresco la solitaria flor.

Yo miro entre tus labios el beso que aletea
Como en su nido el ave que acaba de nacer;
Y que tu seno ebúrneo su forma redondea,
Y que se va la niña y nace la mujer.

Yo sé que me encontrastes á tiempo en tu camino,
Que en misterioso amante tu corazón soñó;
Y que pudiera ahora, malvado y libertino,
Ceñirte con mis brazos, diciéndote: ¡soy yo!

No quiero con mi boca cerrar tus claros ojos,
Ni en mi profano vaso verter tu juventud;
Que tomen otros labios de entre tus labios rojos
La blanca mariposa que llaman la virtud.

Sigue soñando amores ¡oh blanca Margarita!
De tu jardín la puerta jamás traspasaré!
No soy el que esperabas para la amante cita...
En otras manos busca la copa de Thulé.

1885.

MUSA BLANCA

(A. E. Guasp de Peris).

Obscura está la noche; desierta la pradera;
Los cierzos invernales azotan mi vidriera;
El chorro de la fuente no salta, helado ya;
El encinar se agita cual mar de negras olas...
Y, en el sillón de cuero, con mi dolor á solas,
Del humo sigo atento la espira que se va.

Mis libros predilectos aguardan en la mesa;
Mas de tristeza y tedio el alma siento opresa
Y ni sonoros versos ni prosa he de leer.
De mi candil la mecha carbonizada muere...
¡Qué triste está la alcoba del hombre á quien no quiere
Ni estrecha entre sus brazos amantes la mujer!

En este mismo sitio, anoche todavía,
En el cojín de raso su codo blanco hundía,
Y juntos nuestros cuerpos, hablábamos de amor;
Hoy... sólo de la ingrata como recuerdo queda
El abanico roto junto al mitón de seda,
Y en el sofá las rosas sin vida ni color!

Como enlutado esposo, mi espíritu sombrío
Se oculta de los hombres; mi corazón vacío
Está como la cuna del niño que murió.
Celoso de mi pena, como antes de mi amada,
Yo quiero entre mis brazos tenerla aprisionada,
Y que ninguno sepa las horas que pasó.

Como feroz burgrave que mata justiciero
Á la culpable esposa, y con el mismo acero
Abre un sepulcro, á solas, del torreón al pie,
Así, lejos de todo, del mundo y mis amigos,
Mi amor estrangulado, yo mismo y sin testigos
En el jardín pequeño llorando enterraré.

Son castos mis dolores, cual la mujer honrada
Que sus ebúrneos senos oculta á la mirada
Y nunca ante el espejo desata su cendal:
Jamás podrá ninguno con atrevida mano
Tocar su vestidura, ni pisará profano
Curioso ó compasivo, su alcoba virginal.

¡ Á solas y callados !... ¡ Á solas, dolor mío !
¡ Entre los cuatro muros del camarín sombrío,
Á solas y callados quedémonos tú y yo !
Mas ¿ qué pisadas oigo ? ¿ qué sombra ven mis ojos ?
Cerrada está la puerta... corridos los cerrojos...
Ni el perro vigilante en el jardín ladró.

¿Quién es el que me asalta? Con iracundia tomo
Su brazo con mi mano, la daga por el pomo,
Cuando mi alcoba alumbra celeste claridad...
Y atónito contemplo, soberbia, esplendorosa,
De blanco revestida, la estatua más hermosa
Con que soñado hubiera pagana antigüedad.

Sobre sus blancos senos, erguidos y redondos,
Cae una trenza rica de sus cabellos blondos
Cuya delgada punta le llega casi al pie;
Sandalias marfilinas son cárcel de su planta;
Sin flores el cabello, sin perlas la garganta
Vestida de sí misma, mi espíritu la ve!

Más púdica que Venus, más joven que Diana,
Por lo gentil de Grecia, por el mirar cristiana,
Desnuda, pero casta, á mi se adelantó:
Tocóme cariñosa... Sus labios se entornaron...
Y el hálito de mirto que leves exhalaron
Como oreante brisa mi alcoba perfumó.

LA MUSA

¡Despierta ya, poeta! Despierta, soy la ausente,
Muy pronto los cristales helados de la fuente
En la marmórea taza cantando bullirán;
Veremos nuevas rosas cubriendo la pradera,
Y atravesando lentos el amplia carretera,
Cargados ya de mieses, los carros crujirán

¡Despierta ya, poeta! Yo soy la poesía:
Me despediste ingrato, cuando en lluvioso día
Tu pérfida querida del lecho me lanzó;
Hoy sufres, y me encuentras. Tú lloras, y regreso,
Entre mis frescos labios palpita aún el beso,
Anímate, despierta, conóceme, soy yo!

En tanto que dichoso y extático vivías,
Pasaba yo anhelante las noches y los días
De tu balcón enfrente y oculta en el sauz;
Mirando si besabas los labios de tu amada,
Y luego, por las noches, tu sombra perfilada,
En las cortinas blancas, por apacible luz.

Así viviste ufano y en éxtasis eterno;
Las nubes del otoño, las nieves del invierno,
¡Cuán breves y fugaces pasaron para ti!
Cerrada estuvo siempre, poeta, tu ventana...
En balde los jilgueros, cantando en la mañana,
Quisieron despertarte y habláronte de mí.

—¿Qué importa que los campos alfombre la nevada,
Que el sol desaparezca, y entre la fronda helada
Cadáveres de alondras encuentre el cazador?
¿Qué importa que el arroyo cansado se detenga,
Y que la tarde expire y que la noche venga,
Si en el hogar hay leña y en nuestro pecho amor?

¡ Enlútese, en buena hora, la gran naturaleza !
¿ Hay una primavera mejor que la belleza ?
¿ Hay pájaros que canten cual canta mi laúd?
¡ Que en el cristal se cuajen las gotas de la lluvia !
¡ Mientras mi cuello ciña tu cabellera rubia
Un sol en nuestras almas hará la juventud!

Así dijiste entonces, y luego, cuando Mayo
Los témpanos deshizo con su caliente rayo
E innúmeras luciolas poblaron el juncal,
También inútilmente la pálida mañana
Bajaba á despertarte, tocando á tu ventana...
Cerrado estuvo siempre, poeta, su cristal!

Las aguas balbucientes, los húmedos botones,
La púrpura del cielo, las nubes de gorriones
Y el heno perfumado, miraste con desdén :
No viste de la aurora los escarpines rojos
Ni á la apacible tarde, de los azules ojos,
En su almohada negra hundir la blanca sien.

Ya elástico venado con retorcidos cuernos
Las ramas apartaba ; ya tímidos y tiernos
Volaban los zentzontles que el fresno cobijó :
— ¡ La caza nos espera ! — te dijo la escopeta.
— ¡ Respira el aire libre! — cantaba la veleta,
Y — ¡ Escribe nuevos versos ! — mi lira suspiró.

Los pájaros siguieron cantando en el encino;
La corza en la montaña, la liebre en el camino,
Y en ancha pesebrera piafando tu corcel;
La rápida veleta moviéndose en el techo,
Tu amada entre tus brazos, las sombras en el lecho,
.....Afuera la mañana... y virgen el papel.

. . . .

. . . .

Tu alcoba está desierta; tu hogar no tiene fuego,
Tu alondra ya no canta; pero piadosa llego
Y esparzo en torno tuyo la vida y el calor.
La esposa que dejaste por la querida aleve
Regresa fatigada, cubierta por la nieve,
Pero trayendo intactas las flores del amor!

EL POETA

¡Oh Musa de los tristes! ¡Oh joven compañera!
De Apolo Musagetes divina mensajera,
Riqueza para el pobre, consuelo para mí!
Extiéndeme tus alas, y en ellas escondido
Calor y fuerza cobre mi espíritu entumido,
Y olvide, dormitando, las dichas que perdí!

Tú sola nunca engañas, ni olvidas, ni abandonas!
Deja en mi frente ¡Musa! tus lauros, tus coronas,
Como en la cruz marmórea de losa sepulcral.
En pie junto á mi lecho, velando mi reposo,
Serás como la estatua del ángel silencioso
Que sin hablar nos dice: ¡Tu alma es inmortal!

1886.

DE VASALLO

¡Con qué inquieto volar mis ilusiones
rondando están tu casa hospedadora!
¡cuán terco el pensamiento,
á las extrañas súplicas esquivo,
mal se aviene á habitar mi entendimiento
y quisiera seguirte fugitivo!

¡Como en delgada red de estrecho hilamen
y á manera de peces descuidados,
en tu gracia gentílica retozan
mis sueños para siempre cautivados!

Cayeron sin sentido; uno por uno:
los rehacios primeros;
luego los otros en tropel, cual brota
el agua de los pródigos veneros,
y cuantos nacen, ágiles y raudos,
corren á donde está la red tendida,
sin que haya escollo que la marcha ataje
ni mano á libertarlos prevenida!

Bien de grado, señora,
dócil acepta el blando cautiverio,
y cuantos sueños mi ánimo atesora
te doy para vasallos de tu imperio.

Más bella soberana
nunca entrevió mi joven fantasía,
ni fué tan pura la apacible Diana
que sólo en sueños á Endymion veía.

Anhele libertad el sin ventura
á quien sujeten vínculos de hierro,
y, soñando en la luz, ve más obscura
la entenebrida noche de su encierro;
mas no quien tiene por suaves lazos
las del trono gentil orlas de flores;
que si cadenas son tus blancos brazos,
yo quiero que estén presos mis amores!

Cuanto existe, señora, es prisionero;
la perla, de su concha nacarada;
de las nocturnas sombras, el lucero;
la vida, de la luz; yo, de mi amada.

1886.

CALICOT

Á Anselmo Alfaro.

— Abre la puerta, portero,
Que alguno tocando está.
— Es el amigo cartero.
— En su gran bolsa de cuero,
Mi buen amigo el cartero
¿Qué traerá?

Ha diez años vivo ausente
De casa: ¿me escribirán?
¡Abre, que estoy impaciente!
¿Qué dirán al pobre ausente
Los que tan lejos están?
¿Qué dirán? —

Entra á la pobre casucha;
Sube listo la escalera,
Y se quita la cachucha
Y desata la cartera.
¡Ya está aquí!
Ya está la carta cerrada
Que mi madre idolatrada
Habrá escrito para mí!
¡Ya está aquí!

Con ojos que nubla el llanto
Se pone el pobre á leer,
Pero á veces llora tanto
Que casi no puede ver.
¿ Qué será ?
Lo que le escriben al mozo,
Cuando, lanzando un sollozo,
Grita : ¡ Mamá ! ¡ mi mamá !

Las manos, lacias y flojas,
Abre en hondo desconsuelo,
Y de la carta las hojas
Caen arrugadas al suelo.
Ya no es posible que acabe
De leerla ; ¡ ya no ve !
¿ Para qué, si ya lo sabe ?
¿ Para qué ?

Besa el enlutado sobre
Y rompe el mozo á llorar...
¡ Diez años hace que el pobre
Dejó su tierra y su hogar !
¡ Diez años hace, diez años,
Salió á buscarse la vida...
Bajo los altos castaños
¡ Qué triste es la despedida !

La madre le dió un rosario,
El padre un abrazo estrecho...
Y hoy al verse solitario;
¡Con qué ansia el pobre rosario
Oprime contra su pecho!

Á América le mandaron,
Con ahinco trabajó,
Y meses y años pasaron
Para el pobre *cálicot!*
¿Á qué seguir la porfía?...
La madre que le quería
Se murió!
Vendiendo cintas y gorros
Fué su trabajo fecundo;
Pero ya solo en el mundo
¿De qué sirven sus ahorros?

¿Quién los ojos de mi anciana
Buena madre cerraría?
¿Quién la humilde cruz cristiana
En las manos le pondría?
Le esperaba mi buen padre...
Á mirarlo no volví!...
Hoy también mi santa madre
Duerme allí!

¿Por qué á América me enviaron?
¿Por qué el campo no labré?
Mis amigos me olvidaron,
Á mis padres no enterré!
Los proyectos que formaba
La experiencia destruyó,
Y una joven que yo amaba
Ya con otro se casó!...
Compañeros de montaña,
Que fortuna codiciáis,
Á la triste tierra extraña
No vengáis!

Así el mozo soliloquia,
Recordando en su quebranto
El humilde camposanto
Que domina la parroquia.
Ya los últimos luceros
La mañana disipó...
Pasan ya tus compañeros...
Al trabajo, *calicot!*

1886.

TO BE

¡ Inmenso abismo es el dolor humano!
¿Quién vió jamás su tenebroso fondo?
Aplicad el oído á la abra obscura
De los pasados tiempos...
Dentro cae
Lágrima eterna!
Á las inermes bocas
Que en otra edad movió la vida nuestra
Acercaos curiosos...
¡Un gemido
Sale temblando de los blancos huesos!
La vida es el dolor. Y es vida obscura,
Pero vida también la del sepulcro.
La materia disyecta se disuelve;
El espíritu eterno, la substancia,
No cesa de sufrir. En vano fuera
Esgrimir el acero del suicida,
El suicidio es inútil! Cambia el modo,
El ser indestructible continúa!
¡En ti somos, Dolor, en ti vivimos!
La suprema ambición de cuanto existe
Es perderse en la nada, aniquilarse,
Dormir sin sueños!...
¡Y la vida sigue

Tras las heladas lindes de la tumba !
No hay muerte ! En vano la llamáis á voces,
Almas sin esperanza ! Proveedora
De seres que padezcan, la implacable
Á otro mundo nos lleva. ¡ No hay descanso !
Queremos reposar un solo instante
Y una voz en la sombra dice : ¡ Anda !
Sí : ¡ la vida es mal ! Pero la vida
No concluye jamás. El dios que crea,
Es un esclavo de otro dios terrible
Que se llama el Dolor. Y no se harta
El inmortal Saturno ! ¡ Y el espacio,
El vivero de soles, lo infinito,
Son la cárcel inmensa, sin salida,
De almas que sufren y morir no pueden !
¡ Oh, Saturno inflexible, al fin acaba,
Devora lo creado y rumia luego,
Ya que inmortales somos, nuestras vidas !
Somos tuyos, Dolor, tuyos por siempre !
Mas perdona á los seres que no existen
Sino en tu mente que estimula el hambre...
¡ Perdón, oh Dios, perdón para la nada !
Sáciate ya. ¡ Que la matriz eterna,
Engendradora del linaje humano,
Se torne estéril... que la vida pare...
¡ Y ruede el mundo cual planeta muerto
Por los mares sin olas del vacío !

1886.

CONSEJOS

Cuando se mueran tus ilusiones
Y ya no tengas fe en el amor,
Pliega las alas de tus canciones,
Busca en el cielo mundo mejor.

Nunca reniegues de tu creencia,
Nunca maldigas de tu existir,
Y por escudo ten la conciencia,
Por esperanza tu porvenir.

En los zarzales de este camino
Por donde cruza tu juventud,
Romper no dejes cual frágil lino
La veste blanca de la virtud.

Si sufres, piensa que en esta tierra
Todo entre sombras y duelo va,
Que es nuestra vida perpetua guerra
Y que muy lejos la dicha está.

Busca si lloras, el crucifijo,
Siempre tu madre contigo esté,
Sabe ser hombre, sabe ser hijo,
Espera, lucha, combate, cree!

1885.

POR LA VENTANA

Prostituir el amor!... llegar artero,
De noche, entre las sombras, recatado,
Esquivando los pasos, y, mañero,
La faz hundida, y el embozo alzado!

Tender la escala; con la vista alerta
Trepar por la pared que se desgrana,
Y á donde todos entran por la puerta,
Entrar como ladrón, por la ventana.

Apagada la luz, hablando quedo,
Temerosos, convulsos, vergonzantes,
Sintiendo juntos el amor y el miedo
Contar con avaricia los instantes.

Querer que calle hasta el reloj pausado
Que cuelga en la pared, alto y sombrío;
Ser joven, ser amante, ser amado,
Y, estando juntos, tiritar de frío!

Sentir el hielo que en las venas cunde
Cuando los nervios crispa el sobresalto;
Y maldecir la luna, si difunde
Su delatora luz desde lo alto.

Buscar lo más obscuro de la alcoba,
Y ver con vago miedo las junturas
Por donde entra la luz, como quien roba
Cobarde, vil, con antifaz y á obscuras.

Y temblar de pavor, si ladra el perro,
Y si las ondas de la fuente gimen;
De lo que es aire, sol, hacer encierro;
De lo que es un derecho, hacer un crimen.

Besar con miedo, sin rumor, aprisa,
Ir siempre de puntillas por la alfombra,
Y si el cristal hizo crujir la brisa,
Temblar, pensando que una voz nos nombra.

Cuando canta la alondra, retirarse
Atravesando la desierta sala,
Y suspenso en el aire, deslizarse,
Como vil bandolero, por la escala.

Haber envenenado una existencia,
Convertido en dolores el contento,
Y, huésped sepulcral de la conciencia,
Albergar un tenaz remordimiento.

Ver encenderse su mejilla roja
Temiendo acaso que el pavor la venza,
Y al hablarla, mirar que se sonroja
Y que baja los ojos de vergüenza.

Ese no es el amor, amor robado
Que se viste de falso monedero;
Ese no es el amor que yo he soñado,
Y si ese es el amor, yo no lo quiero.

1886.

TRES AMANTES

I

¿Quién eres? — Un guerrero. Mi espada vencedora
Cien pueblos ha ganado.
Cuentan que no hay espejo más noble, mi señora,
Que el peto del soldado.
Creí ser indomable. ¡Mentira! Tu hermosura
Mi altiva frente humilla;
El paladín hercúleo de bélica armadura
Temblando se arrodilla. —
— ¡Aparta! No me sirven, guerrero, tus laureles!
Busco mejor vasallo;
No estorbes mi camino. ¡Apártate, que hueles
Á crines de caballo! —

II

—Señora, soy el bardo. Poder ninguno iguala
Al noble poder mío;
Esmaltan las estrellas las plumas de mi ala
Cual gotas de rocío,
En mí reside y obra la potestad que crea
Espíritus y mundos;
No hay águila que vuele más alto que mi idea,
Ni abismos más profundos!

Yo haré de tu belleza la estatua de alabastro,
La Venus victoriosa:
De tu palabra, el himno; de tu mirada, el astro;
De la mujer, la diosa!
Como diamantes sueltos, en tus cabellos rubios
Titilarán luceros;
Y te daré por siervos, en vez de esclavos nubios,
Los siglos venideros!
— ¡Aparta! No con trovas ni voces de profeta
Molestes más mi oído;
Desprecio tus amores. ¡Apártate, poeta!
¡Remienda tu vestido! —

III

¿Quién eres? — El que mancha las almas, y el que roba
La honra y el decoro.
La cinta de tu veste, la llave de tu alcoba,
¡El oro... soy el oro!
El viejo lujurioso que por la puerta espía
El baño de Susana;
La Celestina ronca, la repugnante harpía
Que ofrece cortesana.
Te espero. Yo soy Fausto. Como antes Margarita,
Del templo también sales:
Me acerco, y en tu oído, que trémulo palpita,
Murmuro: ¿cuánto vales?
Siebel enamorado te aguarda con un ramo
Para adornar tu pecho...
¿Qué importa? Seré siempre para tu alma, el amo;
Para tu cuerpo, el lecho!

Tu castidad es cirio, respeto de los buenos,
Que yo al pasar apago;
De mármol son tus brazos; de mármol son tus senos...
No importa : yo los pago.
Comercia con tus gracias, trafica tus hechizos
Y vende cuanto puedas;
Si amante me recibes, el oro de tus rizos
Convertiré en monedas.
Se acerca el que esperabas. Entre mis áureos brazos
Todo placer se encuentra...

IV

La joven desanuda de su corsé los lazos
Y dice al crimen : ¡Entra!

1886.

CON JULIETA

¡ Oh dulce ruiseñor, sigue cantando!
¿No ves cuán triste la apacible luna
Alumbra el bosque, y cómo, murmurando,
Se duerme la laguna!
¡ Dulce poeta de brillantes alas
Que en el silencio de la noche velas,
Y cantas, para ti, cuando no te oyen,
Y á los tristes consuelas!
Sigue en la rama del gentil granado;
Nadie en el nido trémulo te llama...
En el cielo, poeta enamorado,
Te está oyendo la estrella que te ama!

Tú, como yo, debes tener tristezas:
¿ Por qué, á la hora del amor, el nido
Abandonas ligero?
¿ Nadie te aguarda en él? ¿Nadie te quiere?
Estás enfermo como yo, y herido
Del imposible amor de que se muere!

Tu tierna serenata
La escucha sola, en el sereno espacio,
La casta Diana del carcaj de plata
Que vuelve pensativa á su palacio...

Desdeñas á las aves : para ellas
Nunca tienes canciones,
Y cantas cuando brillan las estrellas
Y parecen dormidos los botones.
Escondes tu dolor y tu ternura
Á las luces del día,
Y en el silencio de la noche obscura
Se abriga, como enferma, tu armonía.

¿Quiénes oyen tus cantos? Los que sufren,
Los que no buscan el desierto lecho
Porque en él les aguarda la tristeza...
¡Ó los que cantan himnos de terneza
Oprimiéndose pecho contra pecho!

La pena y el amor te escuchan sólo :
En el campo, las flores — esas mudas; —
En el espacio, las estrellas blondas;
Y bajo el terso manto de las ondas,
Las silenciosas náyades desnudas.

¡Sigue cantando, ruiseñor! Si cesa
Tu serenata, que al amor evoca,
La boca enamorada que me besa
Se apartará convulsa de mi boca.

¡Oh, mi Julieta, la Julieta mía,
Bien sabe mi dolor que viene el día!

Hemos vivido un sueño muy hermoso,
Y yo no quiero despertar! Mañana,
Tal vez la escala que tendí afanoso
No colgará ya más de tu ventana!

Pero hoy, es hoy aún : el alma sueña,
Escucho al ruiseñor enamorado
Y en tu boca de grana, tan pequeña,
La canción de mi beso no ha cesado.

Tengo aún que decirte que te quiero...
No lo he dicho bastante
Y necesito repetirlo ahora...
Y ya viene el dolor... viene la aurora!
¡ Otro instante ! ¡ otro instante!

¡ Oh, mi Julieta, la Julieta mía !
¿ Por qué del grato sueño se despierta?
¿ Por qué te he de mirar, pálida y fría,
Sobre la tumba de mis sueños muerta?

Sigue cantando, ruiseñor querido!
Nadie te espera en el desierto nido!

¡ Déjame en sus cabellos esconderme....
Déjame ver su rostro idolatrado...
Sigue en las ramas del gentil granado,
¡ Oh, canta, ruiseñor ! ¡ Alondra, duerme!

1886.

MONÓLOGO DEL INCRÉDULO

Á Emilio Rabasa.

La existencia no pedida
Que nos dan y conservamos,
¿ Es sentencia merecida?
Decidme : ¿ vale la vida
La pena de que vivamos ?
Si es castigo, ¿ cuál pecado,
Sin saberlo, cometimos ?
Si premio, ¿ por qué ganado?
Sin haberlo demandado,
Responded : ¿ por qué vivimos ?
Viva, en buena hora, el dichoso :
Si alegre en el mundo está,
Cuide su vida afanoso;
Pero el que sufre, el quejoso,
Decid : ¿ por qué no se va ?
Dióme el acaso la vida,
Y la muerte apercibida
Desde que nací me espera;
De modo que, cuando quiera,
Tengo franca la salida.
¿ Por qué las penas afronto
Y en duro trabajo estoy,
Si puedo marcharme pronto?

Seré torpe, seré tonto,
Pero víctima, no soy!
Por mi voluntad batallo
Con los tropiezos que hallo ;
Quejárame de la suerte
Si no existiera la muerte,
Pero como existe, callo !
¿Tengo miedo?... ¿Miedo á qué?
¿Al Dios cruel que me dió
Lo que no solicité?
Pues que sin quererlo entré,
Salgamos... y se acabó!
Si de un Dios á la presencia
Llego, en saliendo de aquí,
Puedo decirle en conciencia
— No me gustó la existencia...
¡Por eso la devolví!
Si es malo, aunque yo, obediente,
Soporte la vida acá,
Puesto que el dolor consiente,
Seguirá siendo inclemente...
Y si es bueno... premiará.
El combate es desigual :
Venga la muerte, mejor,
Y sabremos al final
Si ese Dios se llama el Mal
Ó si se llama el Amor.
¡Curioso es que soportemos
El trabajo y la aflicción,
Y, necios, nos asustemos
De seres, que no sabemos
Si existen, ni cómo son!

¿Es crimen para el forzado
Evadirse cuando pueda?
Pues el hombre condenado
Por no sabe cuál pecado,
Puede fugarse y se queda!
Bien está, si así le place,
Que la existencia no deje,
Si en padecer se complace,
Pero, por gusto lo hace,
Y entonces... que no se queje.
No hay que culpar á la suerte
Ni su maldad reprocharla;
El hombre de ánimo fuerte
No llama tanto á la muerte:
Sale sin miedo á buscarla.
¿Por qué, no obstante, vacilo,
Cuando me brinda reposo
Ese hogar mudo y tranquilo?
¿Por qué de mi vida el hilo
No corto al fin?... ¿Soy dichoso?
Á medida que se avanza
En la senda del vivir,
Cual decrece la esperanza,
Va creciendo en lontananza
La esperanza de morir.
Mas la vida cautelosa
Nos ata con duros lazos,
Y en vano la muerte hermosa
Como una pálida esposa
Nos tiende siempre los brazos.
Con fin perverso y con maña,
Nos va enredando la vida

Entre sus hilos de araña;
Y, aunque la vida nos daña,
No encontramos la salida.
— Es verdad que no pedí
La existencia... la encontré;
Pero luego que nací
Á mis padres conocí,
Y, por fuerza, los amé.

Si el hombre, al nacer, pensara,
De fijo que se matara;
Para afianzar el tormento
Dijo Dios al pensamiento
Que ya muy tarde llegara.

Tarde... cuando ya abrigamos
No esperanzas, sino amor,
Cuando á los padres amamos...
De modo y forma que estamos
Bien clavados al dolor.

Tengo derecho á morir,
Mas no derecho á matar:
Y comprendo que al partir,
Si con la muerte he de ir
Me irá mi madre á buscar.

Puedo matarme sereno,
Pero mi madre adorada
Creerá que entre llamas peno,
Así es que no me condeno
Y á ella dejo condenada.

¿Cómo encontrar la salida?
¿Matarla al matarme?... ¡No!
Verdad que me dió la vida

Por mí tan aborrecida,
Mas ¡ no supo que era yo!...
Y cuando el cuello la ciño
Y me oprime el corazón,
Parece que su cariño
Á mi alma amante de niño
Le está pidiendo perdón.
¡ Oh, qué dolor tan artero!
Mas, por desgracia, bien sé
Que todo aquí es pasajero.
Mi madre se irá primero!...
Y entonces... la seguiré!
Tengo aún que soportar
Ese infinito dolor...
Pero luego... ¡ á descansar!
¡ Qué bueno sería marchar
En los brazos de su amor!
En este infinito anhelo,
En esta implacable guerra,
Los que nos atan al suelo
No son los monstruos del cielo,
Son los seres de la tierra.
¡ Qué vida tan fementida!
¡ Cuánta es su astucia! El placer
Nos obliga á dar la vida,
Y á la vida aborrecida
Nos encadena el deber!
Y este placer es fatal!
Es el instinto brutal
Que al destino darnos plugo,
Para asegurar el mal
Que será siempre verdugo.

Yo, que mido el hondo abismo
De la maldad y el dolor,
Con impiedad y cinismo
Quiero dar vidas... yo mismo
Siento la sed del amor.

De suerte que engendraré
Otro ser tan desgraciado,
Y por fuerza lo amaré,
Y en seguida sentiré
Dolor de haberlo engendrado !

....

¡ Ah... Me voy, y así sacudo
Este peso que me agobia !
¿ Por qué tiemblo ? ¿ Por qué dudo ?
¡ Ay, que sollozando y mudo
Pienso en mi novia... en mi novia !

¡ Pobecita ! Casta y buena
Pasaba en su quieto hogar
La vida, siempre serena,
Y, por distraer mi pena,
Fuí su alma á despertar.

Mis promesas de venturas
Están en su mente fijas,
Consuelan sus amarguras,
Y esas esperanzas puras
Son mis hijas ¡ son mis hijas !

Dí á sus ensueños calor :
Cuando mi existencia acabe
Verá burlado su amor...
Yo sé que todo es dolor,
Pero ella no, ¡ no lo sabe !

¿ Por qué de su amor me escondo?
¿ No me ama? Tiembla mi fe,
Y algo muy hondo, muy hondo,
De mi existencia en el fondo
Me contesta : ¡ no lo sé!
Crédula acaso y prendada
De un verso noble y sonoro,
Creyó estar enamorada,
Y á un hombre que es humo, nada,
Dijo temblando : ¡ te adoro!
¡ Quién pudiera descubrir
El móvil de la pasión,
Con otra vida vivir,
Ser otra sangre y latir
Dentro de otro corazón!
Ver el ensueño adorado
Que ella en su pecho forjó,
Mirarse en él retratado
Y satisfecho y confiado
Poder exclamar : ¡ soy yo!
Tal vez su amor es sincero...
Tal vez con eterna fe
Me da su vida... lo espero...
Pero ¿ la quiero?... ¿ la quiero?...
Y más tarde, ¿ la querré?
Amar y no ser amado
No es la pena mayor :
Ver el cariño apagado,
No amar ya lo antes amado
Es el supremo dolor.
Es como al sepulcro ir
Del pequeñuelo querido,

Y quererlo revivir,
Y la tristeza sentir
De hallarlo siempre dormido.
Es el pensar : ¡ allí está !
Pero ya no, ¡ ya no es !
Ya se fué donde se va
Lo que nunca volverá,
Lo que no tiene después!
....
....
Amor, si has de ver desvío,
Si no han de darte calor,
Tendrás hambre, tendrás frío,
Muérete pronto, amor mío,
Muérete, niño, mi amor!
Si pálido has de mirar
Tu puro y fresco semblante,
Si sólo has de agonizar,
Impotente para amar,
Muere, matando al amante.

***

¡ Oh vida, la selva obscura
Por donde á tientas cruzamos
Con dolor y con pavura,
Si hay fieras en tu espesura
Despiértalas, y muramos!
En vano buscan salida
Las almas desesperadas,
Estás en mi alma, vida,

Como el puñal en la herida!
¡ Yo, con las manos atadas!
  Y tu poder es tan fuerte
Y tal luchamos los dos,
Que he llegado á aborrecerte :
Ó ven más aprisa ¡ oh muerte!
Ó surge en mi sombra ¡ oh Dios !

1867.

PARA EL ÁLBUM

DE UNA BELLA INCÓGNITA

Oculta entre tus hojas
Cual la violeta,
Un canto me pediste :
¡ Triste poeta !
Mi pobre lira
Sólo exhala sollozos,
Sólo suspira !

Para cantarte niña,
Tener quisiera
Los trinos melodiosos
De ave parlera,
Y los rumores
Del arroyo que cruza
Por entre flores.

Bella desconocida,
Violeta pura
Aunque la luz me ocultes
De tu hermosura,

Yo sé bien que eres
La más hermosa y buena
De las mujeres.

En vano del misterio
Con negro velo
Te cubristes, ¡ oh niña !
¡ Ángel del cielo !
¡ Casta paloma !
Ocultar nunca puedes
Tu dulce aroma.

Un ángel muy hermoso,
De faz serena,
Me dice que eres bella
Cual la azucena,
Y que tus ojos
Á los mismos luceros
Causan enojos.

Y dice que de tu alma,
Cándida y pura
Es tan sólo un reflejo
Tu hermosura,
Porque es tu pecho
De amorosas palomas
Plácido lecho.

Que tus labios de grana
Son de ambrosía,
Y que es tu acento el ritmo
De la armonía,
Y tu sonrisa
Más dulce que el susurro
De suave brisa.

Ya ves cuál te conozco,
¡Oh niña bella!
Y sé que de este cielo
Tú eres estrella:
Bella encubierta,
Tu faz está á mis ojos
Ya descubierta.

Y puesto que lo quieres,
Albor del día,
De mi cantar escucha
La melodía:
Ángel de amores,
Mi canto es una ofrenda
De humildes flores.

Pintada mariposa, [illegible] en el jardín del mundo
Las flores de la vida te brindan con su olor,
Tranquila irás volando por el verjel fecundo
Sin que tus alas queme la llama del dolor.

No turbe la tristeza la paz de tu alma pura,
No vengan las pasiones tu pecho á emponzoñar,
El ángel de la guarda defienda tu hermosura,
Si duermes, niña hermosa, no anheles despertar.

No salgas de tu nido, castísima paloma;
No anheles el espacio cruzar con loco afán;
No olvides, niña bella, que oculto tras la loma
Con sus sangrientas garras acecha el gavilán.

Tú, virgen bondadosa, juzgando al mundo bueno,
En tu ardorosa mente te finges un edén:
De penas y amarguras tu corazón ajeno
Bendices á la vida como supremo bien.

Ignoras que el destino nos brinda con dolores,
Ignoras que se pierde del alma la ilusión;
No sabes que marchita la flor de los amores
No vuelve nunca, niña, la paz del corazón.

Mas no; no temas nunca que impíos los dolores
Conturben la que gozas dulcísima quietud,
Que no sufrieron nunca del hado los rigores
Las hijas amorosas y buenas como tú.

Cual plácido arroyuelo que corre sosegado
La tierra fecundando por dondequier que va,
Así la vida tuya, sin penas ni cuidado
Entre fragantes flores tranquila correrá.

La pálida gardenia por ti su aroma exhala,
Las blancas azucenas se abren para ti,
Se inclina por mirarte la rosa de Bengala,
Las auras de la tarde perfuman tu pensil.

Hermana de esos seres que nacen á la hora
En que se tiñe el cielo de nácar y arrebol;
Aquí desde mi albergue te miro encantadora
Doquiera derramando aroma, paz y amor.

Por eso te consagro las notas de mi lira,
Que siempre de las flores las gracias yo canté;
Y lo que aquí á mi oído el céfiro suspira
En débiles estrofas te digo yo también.

Me dice que eres bella, que guardas en tu seno
Los gérmenes sublimes de santa inspiración,
Que al eco de una cítara, armónico y sereno,
Tu cáliz por beberlo se entreabre con amor.

Me dice que en tu tallo, tranquila, dulce, quieta,
La senda de tus padres perfumas con tu olor;
Me dice que coronas la frente de un poeta,
Que vives por que viva su amante corazón.

Me dice que de noche los mágicos luceros
Que saltan de las gasas de turbio nubarrón,
Derraman al mirarte más vivos reverberos
Y roban de tus hojas el pálido color.

Que al extender su manto la tenebrosa noche,
Cuando los astros vierten su desmayada luz,
Se ve que poco á poco cerrando vas tu broche
Y mustio y soñoliento te aduerme el aire azul.

Me dice que las ondas de fuentes cristalinas
Mas diáfanas se tornan al reflejar tu faz;
Y arrojan en tu cáliz sus gotas diamantinas
Y en plácidos murmurios su música te dan.

Que al desplegar sus velos azules la mañana,
Sacudes de tu cáliz el lánguido sopor,
Y te abres en tu tallo más pura y más galana,
La reina de las flores, la flor del corazón.

Me dice... pero, niña, el céfiro ligero
Sus alas vaporosas empieza ya á batir...
¡Huyó!... quizá á tu oído se acerque lisonjero,
Y allá vaya á decirte lo que me calla á mí.

1876.

LA CENA DE NOCHE BUENA

A MANUEL ZAPATA VERA.

Acercaos á la mesa,
Mis recuerdos, porque os llamo ;
Id saliendo de la huesa
Muertecitos que yo amo !
Cosas idas, cosas muertas,
Ilusiones ya perdidas,
Acercaos á mis puertas,
Cosas muertas, cosas idas !
De la cena preparada
El salón está vacío,
Cae muy triste la nevada,
Tengo miedo, tengo frío !
Convidados á mi cena,
Muertecitos que yo amo,
Acudid á mi reclamo
Que esta noche es Noche Buena.
Está abierta mi ventana
Y la lluvia la salpica,
Mientras oigo la campana
Que repica.
Buen amigo, pobre hermana,

De mi casa los ausentes,
Venid todos tan aprisa
Como á esta hora van á misa
Los creyentes.

*
* *

¡Pobre hermana que te fuiste,
Si vivieras todavía,
Cuando siento mi alma triste,
¡Cuántas cosas te diría!
¡Ven, y pronto, ven ahora!
Cuando llegue la mañana
Y á la misa de la aurora
Llame lenta la campana,
Terminada ya la cena,
Podrás irte, podrás irte,
Y tendremos que decirte:
¡Hasta la otra Noche Buena!
Pero ahora, mi hermanita,
Reina aún la noche obscura,
Deja, pues, ¡oh muertecita!
Tu callada sepultura.

*
* *

Son las doce. Jesús nace;
Vuelvo el rostro al Nacimiento
Y la cera se deshace
Combatida por el viento.
Nadie cuida á los pastores,
Nadie canta villancicos,

Ni á la virgen llevan flores
Los ancianos y los chicos.
En el heno blanco y yerto
Está el Dios recién nacido,
Y al mirarlo allí dormido,
Me parece que está muerto.
¡ Fe de niño, ven al punto!
Que tu voz me purifique...
Y no viene, y me pregunto :
¿Por qué dobla ese repique?

*
* *

Del árbol en las ramas
Mil velas arden,
¡ Que no tarden los niños,
Que no se tarden!
¿Por qué no vienen
Si aquí tantos juguetes
Y dulces tienen?
Esta espada de acero
Para el más grande,
Y soldados de plomo
Á quienes mande.
Y esta muñeca rubia
Tan bien vestida
Para la niña blanca,
Bien de mi vida.
Ya veréis cómo gritan
Los muy traviesos,
Y cómo los devora
Su madre á besos.

Pero el árbol se apaga,
Ninguno llega!
Y en la desierta alcoba
Ni un niño juega!

*
* *

Seres que venís tan lejos,
¡Cómo ansían vuestros cariños
Los que tienen padres viejos
Y no tienen hijos niños!
¡Con qué impaciencia os imploro
Para mezclar con mis manos,
Vuestros ricitos de oro
Entre sus cabellos canos!
¡Amor que ennoblece y salva,
Ven pronto á mi hogar estrecho,
Que ya á la misa del alba
Están tocando en mi pecho!

*
* *

Mis viajeros pequeñitos,
Mis ausentes adorados,
Los humildes muertecitos
Á mi cena convidados;
Ya regresan de la misa
Los devotos, los creyentes...
¡Mis amigos, mis ausentes,
Daos prisa, daos prisa!
Dejad ya con planta breve
Vuestro místico palacio,

Caminando tan despacio
Vendréis yertos por la nieve!
Mi esperanza que os desea
Como niña pobrecilla,
En la blanca chimenea
Puso ya la zapatilla.
Oir pienso vuestro paso,
Quiero ver, y no me atrevo,
¡Dejad pronto sobre el raso
Mi regalo de año nuevo!

*
* *

¡No doblan las campanas,
No, que repican!
Plumas de alondra llueven
No nieve fría!
Dios ha nacido:
Jesús no yace muerto
Que está dormido!

*
* *

¡Casta ilusión que me alientas!
¡Sueño de dicha sereno,
Si á mi cena te presentas,
Seré bueno, seré bueno!
Ya no vacilo ni dudo;
No miro mi hogar desierto,
Ni viendo al niño desnudo
Me imagino que está muerto.
Vive; con dulce sonrisa,
Entre sencillos pastores,

Ve á los que vuelven de misa,
Trayéndole muchas flores.
No pienso con desconsuelo
En los seres ya perdidos...
¡Mis muertecitos queridos
Están cantando en el cielo!
El alba tibia clarea,
Venus en Oriente brilla!
¡Dejemos la zapatilla
En la blanca chimenea!

1886.

A CECILIA

Busco en mi alma lo más obscuro,
Lo más secreto que exista en mí,
La estrofa virgen, el verso puro...
¡Y nada encuentro digno de ti!

*
* *

Llamo á mis versos y ya se han ido:
¿Por qué insensato los prodigué?
¿Por qué en mi alma, como en un nido,
Para este libro no los guardé?

*
* *

¡Volved, oh versos de castos días!
¡Volved, alondras de la ilusión,
Y de perfumes y de armonías
Llenad de nuevo mi corazón!

*
* *

Suave repique de la campana,
Toque del alba, místico acento,
Que la novicia por la mañana
Oye en la celda de su convento...
¡Suave repique de la campana,
Llena de nuevo mi pensamiento!

*
* *

Fresco perfume de aquellas huertas
Acurrucadas en la alquería,
Que de las rosas recién abiertas
Brotas apenas despunta el día...
¡Fresco perfume de aquellas huertas,
Llena de aromas el alma mía!

*
* *

Plumas de cisne, pieles de armiño
Copos de nieve, cutis de niño,
Alas intactas de tortolitas,
Pétalos blancos de margaritas,
Dadme un momento vuestra blancura,
Y mis estrofas de vida llenas,
Serán por castas, nobles y buenas,
Dignas, Cecilia, de tu hermosura!

*
* *

Mi compañera, musa divina,
La del vestido de muselina,
¿Por qué no vienes? ¿En dónde estás?
Ven un instante, baja ligera,
Lleva mis flores á donde espera,
Y luego, musa, mi compañera,
Ya para siempre me dejarás!

*
* *

¡Ven tú la blanca, tú la inocente,
La que levantas limpia tu frente,

La que á mis padres canta en mi hogar,
La que á la virgen púdica reza,
Y en la guirnalda de su cabeza
Trae los botones del azahar!

*
* *

Tengo otra musa, la profanada!
La que insensata, desesperada,
En los festines su canto alzó;
Pero esa musa, de suelto traje,
Llevar no puede ningún mensaje
Para la amiga que tengo yo.

*
* *

Tòma mis flores: llega á su puerta;
Pasa muy quedo los corredores;
Si está dormida, mientras despierta
Sobre su mesa deja mis flores.
Déjalas y huye; pasa de prisa,
Como las ondas, como las nubes...
Sus labios abre dulce sonrisa...
¡Es que está hablando con los querubes!
No te detengas á contemplarla;
¡Te diera envidia su gentileza!
Pasa de prisa sin despertarla
Y vuelve á casa con mi tristeza;
Rápida corre con pie ligero:
Lleva mis flores: aquí te espero.

*
* *

Que no las toque, que no las mire;
Basta á mi anhelo que las respire!
¡Que abandonadas en esa estancia,
Mientras dichosa yace dormida,
Llenen la alcoba con su fragancia!
¿No es la fragancia toda su vida?
Nada la digas! Deja mis flores!
No las anhelan ni las esperan!...
Pasa de prisa los corredores,
Y deja, musa, que allí se mueran!

1886.

ONDAS MUERTAS

Á LUIS MEDRANO.

En la sombra debajo de tierra
donde nunca llegó la mirada,
se deslizan en curso infinito
silenciosas corrientes de agua.
Las primeras, al fin, sorprendidas,
por el hierro que rocas taladra,
en inmenso penacho de espumas
hervorosas y límpidas saltan.
Mas las otras, en densa tiniebla,
retorciéndose siempre resbalan,
sin hallar la salida que buscan,
á perpetuo correr condenadas.

Á la mar se encaminan los ríos,
y en su espejo movible de plata,
van copiando los astros del cielo
ó los pálidos tintes del alba :
ellos tienen cendales de flores,
en su seno las ninfas se bañan,
fecundizan los fértiles valles,
y sus ondas son de agua que canta.

En la fuente de mármoles níveos,
juguetona y traviesa es el agua,
como niña que en regio palacio
sus collares de perlas desgrana;
ya cual flecha bruñida se eleva,
ya en abierto abanico se alza,
de diamantes salpica las hojas
ó se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas
los peñascos abruptos asaltan :
al moverse, la tierra conmueven
y en tumulto los cielos escalan.
Allí es vida y es fuerza invencible,
allí es reina colérica el agua,
como igual con los cielos combate
y con dioses y monstruos batalla.

¡ Cuán distinta la negra corriente
á perpetua prisión condenada,
la que vive debajo de tierra
do ni yertos cadáveres bajan !
La que nunca la luz ha sentido,
la que nunca solloza ni canta,
esa muda que nadie conoce,
esa ciega que tienen esclava !

Como ella, de nadie sabidas,
como ella, de sombras cercadas,
sois vosotras también, las obscuras
silenciosas corrientes de mi alma.
¿ Quién jamás conoció vuestro curso ?
¡ Nadie á veros benévolo baja !
Y muy hondo, muy hondo se extienden
vuestras olas cautivas que callan !
Y si paso os abrieran, saldríais,
como chorro bullente de agua,
que en columna rabiosa de espuma
sobre pinos y cedros se alza !
Pero nunca jamás, prisioneras,
sentiréis de la luz la mirada:
seguid siempre rodando en la sombra,
silenciosas corrientes del alma !

1887.

EN EL CAMPO

Me dijo la gardenia : — ¡ soy muy blanca !
Y yo le contesté : — ¡ No como ella !
— ¡ Es celeste mi luz ! — murmura Sirio —
Y — ¡ la suya es mejor ! — digo á la estrella.

La alondra enamorada, en el encino,
Y el ruiseñor, oculto entre las flores,
Cantan alegres : los escucho y pienso
— ¡ Qué mal cantan los pobres ruiseñores !
No hay pájaro que iguale las cadencias
De la voz de mi amada : no hay lucero
Que brille cual sus húmedas pupilas
Cuando me dice con amor : — ¡ te quiero ! —
Llévate todo ¡ oh Dios ! luz y perfumes,
El ruiseñor, las flores y la estrella,
Todo lo hermoso que á la tierra diste...
¡ Pero déjame á ella !

1886.

RESUCITARAN

Los pájaros que en sus nidos
Mueren ¿ á dónde se van ?
¿ Y en qué lugar escondidos
Están, muertos ó dormidos,
Los besos que no se dan ?

Nacen, y al punto traviesos
Hallar la salida quieren ;
Pero como nacen presos,
Se enferman pronto mis besos
Y apenas nacen, se mueren !

En vano con raudo giro
Éste á mis labios llegó,
Si lejos los tuyos miro.....
¿ Sabes lo que es un suspiro ?
¡ Un beso que no se dió !

¡ Qué labios tan carceleros !
Con cadenas y cerrojos
Los aprisionan severos,
Y apenas los prisioneros
Se me asoman á los ojos !

Pronto rompe la cadena
De tan injusta prisión,
Y no mueran más de pena,
Que ya está de besos llena
La tumba del corazón!

¿Qué son las bocas? Son nidos.
¿Y los besos? Aves locas!
Por eso, apenas nacidos,
De sus nidos aburridos
Salen buscando otras bocas.

¿Por qué en cárcel sepulcral
Se trueca el nido del ave?
¿Por qué los tratas tan mal,
Si tus labios de coral
Son los que tienen la llave?

— Besos que, apenas despiertos,
Volar del nido queréis
Á sus labios entreabiertos,
En vuestra tumba, mis muertos,
Dice: ¡Resucitaréis!

1886.

EL HADA VERDE

(CANCIÓN DEL BOHEMIO).

¡En tus abismos, negros y rojos
Fiebre implacable, mi alma se pierde;
Y en tus abismos miro los ojos
Los verdes ojos del hada verde!

Es nuestra musa glauca y sombría,
La copa rompe, la lira quiebra,
Y á nuestro cuello se enrosca impía
Como culebra!

Llega y nos dice: —¡Soy el Olvido;
Yo tus dolores aliviaré; —
Y entre sus brazos, siempre dormido
Yace Musset!

¡Oh, musa verde! Tú la que flotas
En nuestras venas enardecidas,
Tú la que absorbes, tú la que agotas
Almas y vidas!

En las pupilas concupiscencia;
Juego en la mesa donde se pierde
Con el dinero, vida y conciencia,
En nuestras copas, eres demencia...
¡Oh, musa verde!

Son ojos verdes los que buscamos;
Verde el tapete donde jugué,
Verdes absintios los que apuramos,
Y verde el sauce que colocamos
En tu sepulcro, pobre Musset!

1887.

EN UN CROMO

Niña de la blanca enagua
Que miras correr el agua
Y deshojas una flor,
Más rápido que esas ondas,
Niña de las trenzas blondas,
Pasa cantando el amor.

Ya me dirás, si eres franca,
Niña de la enagua blanca
Que la dicha es el amor;
Mas yo haré que te convenzas,
Niña de las rubias trenzas,
De que olvidar es mejor.

1887.

MARIPOSAS

Á J. M. BUSTILLOS.

Ora blancas cual copos de nieve,
Ora negras, azules ó rojas,
En miriadas esmaltan al aire
Y en los pétalos frescos retozan.
Leves saltan del cáliz abierto,
Como prófugas almas de rosas,
Y con gracia gentil se columpian
En sus verdes hamacas de hojas.
Una chispa de luz les da vida
Y una gota al caer las ahoga;
Aparecen al claro del día,
Y ya muertas las halla la sombra.

¿ Quién conoce sus nidos ocultos?
¿ En qué sitio de noche reposan?
Las coquetas no tienen morada!...
Las volubles no tienen alcoba!...
Nacen, aman, y brillan y mueren,
En el aire, al morir se transforman,
Y se van, sin dejarnos su huella,
Cual de tenue llovizna las gotas.

Tal vez unas en flores se truecan,
Y llamadas al cielo las otras,
Con millones de alitas compactas
El arco-iris espléndido forman.
Vagabundas, ¿en dónde está el nido?
Sultanita, ¿qué harem te aprisiona?
¿Á qué amante prefieres, coqueta?
¿En qué tumba dormís, mariposas!

*
* *

¡Así vuelan y pasan y expiran
Las quimeras de amor y de gloria,
Esas alas brillantes del alma,
Ora blancas, azules ó rojas!
¿Quién conoce en qué sitio os perdisteis,
Ilusiones que sois mariposas?
¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
Al caer en el alma la sombra!
Tú, la blanca, ¿por qué ya no vienes?
¿No eras fresco azahar de mi novia?
Te formé con un grumo del cirio
Que de niño llevé á la parroquia;
Eras casta, creyente, sencilla,
Y al posarte temblando en mi boca,
Murmurabas, heraldo de goces,
«¡Ya está cerca tu noche de bodas!»

Ya no viene la blanca, la buena!
Ya no viene tampoco la roja,
La que en sangre teñí, beso vivo,
Al morder unos labios de rosa!

Ni la azul que me dijo : ¡ poeta !
Ni la de oro, promesa de gloria !
¡ Ha caído la tarde en el alma !
¡ Es de noche... ya no hay mariposas !
Encended ese cirio amarillo...
Ya vendrán en tumulto las otras,
Las que tienen las alas muy negras
Y se acercan en fúnebre ronda !
Compañeras, la cera está ardiendo ;
Compañeras, la pieza está sola !
Si por mi alma os habéis enlutado,
Venid pronto, venid mariposas !

1887.

EN LA MUERTE

DE

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO

El Borgoña en su copa aún le espera;
Vibrando están las cuerdas del piano...
Vinieron á llamarlo y está fuera;
Mas pronto ha de volver, es muy temprano!
Fragantes y purpúreas todavía
Están las rosas que dejó olvidadas,
Y resuena en la obscura galería
El eco de sus últimas pisadas.
Es acaso una cita misteriosa...
Su repentina ausencia no extrañamos:
Mientras él habla á solas con la hermosa,
Sus amigos cantando le esperamos.

¡Ay! la enlutada que con negros ojos,
¡Oh amigo inolvidable! vino á verte,
No era la joven de los labios rojos,
Era una hermosa pálida: la Muerte.
Trémulo el labio, palpitante el seno,
En el umbral con ansia te esperaba,
Y como eras tan joven y tan bueno,
La taciturna pálida te amaba.

¡Y por fin eres suyo! ¡Tristes flores
Ocultan ya tus éxtasis nupciales!
Hoy comienzan con ella tus amores...
¡Los únicos amores inmortales!
Con la voz suplicante del deseo,
La vida enamorada te decía,
Como Julieta á su gentil Romeo:
— No te vayas... no es tiempo todavía!
Y hoy cuando locos de dolor tocamos
El verde musgo, de la tumba alfombra,
Sólo entre los myosotis escuchamos
Como rumor de besos en la sombra.
¡Ni lamento, ni queja, ni reproche!
Ya duermes para siempre, amigo mío!
Era una tarde azul; vino la noche...
¡Plantad un sauce junto al lecho frío!

La puerta del salón no está cerrada;
Abierta la dejastes, ¡oh viajero!
Ha de volver la pálida enlutada...
¿Quién de nosotros marchará primero?

1887.

BLANCO. — PALIDO. — NEGRO.

Á JUAN DE DIOS PEZA.

De la cartera de un buen amigo,
Que por ser bueno del mundo huyó,
Tomo estos versos... ¡ vayan contigo!
Por ser tan tristes los quiero yo!

I.

Entré en la alcoba con planta incierta,
Ella espiraba junto al sofá,
Pálida y blanca como una muerta...
¡No!... ¡ Como un ángel que al cielo va!
Yo sentí dicha, miedo, ternura...
¡ Por fin ya solos, solos los dos!
¡ Por fin ya dueño de su hermosura!
¡ Por fin ya suyo! ¡Qué buenos es Dios!
Dí algunos pasos y vacilante
Hablarla quise... ¡ No pude hablar!
Y quedé inmóvil, de ella delante,
Como las aves en el instante
De abrir las alas para volar,

Después... su talle preso en mis brazos,
Queriendo estarlo, queriendo huir...
Los azahares hechos pedazos,
Y entre mis labios los blancos lazos
Con que sus hombros quiso ceñir.
Para esconderla, para ocultarla,
Su cabecita juntaba á mí;
Ví su garganta... logré besarla,
Y no sé entonces lo que sentí!
Tiembla su cuerpo... ya muy juntito
Sus rojos labios por fin besé...
Lanzó ella entonces un débil grito...
¡Ay, de ese grito, grito bendito,
Toda mi vida me acordaré!

II.

Otro más débil, avaro escondo
En el secreto del corazón,
Que se oye apenas, y de muy hondo
Sube como alma de una canción.
¡La misma casa! ¡todo estoy viendo!
También temblando cuando lo oí,
Entré en la alcoba, pero corriendo,
Y hacia su lecho me dirigí.
¡Por fin el ángel tan deseado
Sus blancas alas quiso plegar!
¡Por fin el ángel había bajado!
¡Qué inmensa dicha para mi hogar!
Ella, amorosa me sonreía...

¡La pobrecita mucho sufrió!
¿Qué, en ese instante, no le daría?
El alma entera, la vida mía,
Cuanto en el mundo conquiste yo!
¡Con qué alborozo nos contemplamos!
¡Todo ha pasado!... ¡Padres al fin!
¡Nada dijimos, y nos besamos
En los ojitos del querubín!
¡Qué delicioso para el oído,
Qué de ternezas inspirador
Fué ese sollozo, fué ese vagido,
Á que responde mi hijo querido
Con un inmenso grito de amor!

III.

¡Ay! de otro grito conservo el eco
Siempre vibrante dentro de mí,
Como en el fondo de un nicho hueco...
... ¡Nadie pregunte cuándo lo oí!
Sentir que el alma se nos arranca,
Sentir la vida que se nos va,
Y al verla inmóvil, blanca, muy blanca,
Sin esperanza gritar: ¡Mamá!
Y de rodillas caer al suelo
Diciendo en vano frases de amor,
Caer á plomo, caer del cielo
Á lo profundo de un gran dolor.
¡Ah! No es un grito, no es una queja,
Es toda una alma que ya se va,

Es nuestra madre que ya nos deja
Y nunca, nunca regresará!
Adiós, me dijo quedo, quedito;
Besé sus labios, allí grité;
¡Qué sufrimiento tan infinito?
¡Con ese grito, con ese grito,
Toda mi vida sollozaré!...

1888.

PARA EL CORPIÑO

Las campánulas hermosas
¿ Sabes tú qué significan ?
Son campanas que repican
En las nupcias de las rosas.
— Las campánulas hermosas
Son campanas que repican !

¿ Ves qué rojas son las fresas ?
Y más rojas si las besas !
¿ Por qué es rojo su color ?
Esas fresas tan suaves,
Son la sangre de las aves
Que asesina el cazador!
Las violetas pudorosas,
En sus hojas escondidas
Las violetas misteriosas,
Son luciérnagas dormidas.
¿Ves mil luces cintilantes
Tan brillantes cual coquetas,
Nunca fijas, siempre errantes?
... ¡ Es que vuelan las violetas !
La amapola, ya es casada ;

Cada mirto es un herido:
La gardenia inmaculada
Es la blanca desposada
Esperando al prometido!
Cuando flores tú me pides
Yo te mando « ¡no me olvides! »
Y esas flores pequeñitas
Que mi casto amor prefiere,
Á las blancas margaritas
Les preguntan: ¿no lo quiere?—
« ¡No me olvides! » Frescas flores
Te prodigan sus aromas,
Y en tus hombros seductores
Se detienen las palomas.
¡No hay invierno! ¡No hay tristeza!
Con amor, Naturaleza
Todo agita, todo mueve...
Luz difunde, siembra vidas...
¿Ves los copos de la nieve?
¡Son palomas entumidas!
Tiene un alma cuanto es bello;
Los diamantes,
Son los trémulos amantes
De tu cuello!
La azucena que te envío
Es novicia que profesa,
Y tu boca es una fresa
Empapada de rocío!

Buenos dioses tutelares
¡Dadme ramos de azahares!

... Si me muero, dormir quiero
Bajo flores compasivas...
¡Si me muero, si me muero,
Dadme nuchas siemprevivas!

1887.

PARA UN MENÚ

Las novias pasadas son copas vacías;
En ellas pusimos un poco de amor;
El néctar tomamos... huyeron los días...
¡Traed otras copas con nuevo licor!

Champagne son las rubias de cutis de azalia;
Borgoña los labios de vivo carmín;
Los ojos obscuros son vino de Italia,
Los verdes y claros son vino del Rhin!

Las bocas de grana son húmedas fresas;
Las negras pupilas escancian café,
Son ojos azules las llamas traviesas
Que trémulas corren como almas del te!

La copa se apura, la dicha se agota;
De un sorbo tomamos mujer y licor...
Dejemos las copas... Si queda una gota,
Que beba el lacayo las heces de amor!

1888.

CITA CON ELLA

Cuando á mi lecho por la vez primera,
La triste muerte se acercó enlutada,
Con suplicante voz la dije : « ¡ Espera !
« ¡ Me ha prometido un beso mi adorada !

« En otros sitios el dolor te invoca ;
« Busca á los que han gozado y han sufrido;
« No siento aún los besos de su boca...
« ¿ Cómo puedo morir si no he vivido ?

« Hay para todos unas cuantas flores
« Y muchos cardos : ¡ el placer es breve !
« Dios me dió ya mi parte de dolores
« Mas la parte de dichas... ¡ me la debe !

« No pido gloria... ¡ nada más un beso !
« ¡ Ni lauros, ni tesoro codiciado !
« Quiero sentirme entre sus brazos preso,
« Y luego diré á Dios : — ¡ Ya estoy pagado !

« Deja, importuna, que aparezca el día ;
« ¡ Irme no quiero con la noche obscura !
« Espera unos instantes todavía...
« Un beso nada más... ¡ tan poco dura !

« Luego vendrás como la triste aurora
« Tras la noche de amor surge en Oriente,
« Y bajaré á la tumba hospedadora
« ¡ Á soñar con su beso eternamente !

« Para todas las flores hay rocío ;
« Todos los años tienen primavera ;
« Déjame á solas con el sueño mío...
« ¡ Oh, muerte, buena amiga, espera... espera ! »
— Y la enlutada, pálida y hermosa,
Por mi súplica amante conmovida,
Se alejó de mis labios, y piadosa,
Como esperanza me dejó la vida.

*
* *

Pasan los meses tristes y pausados;
El dulce peso á mi cariño niegas,
Y pensando en tus labios adorados,
Yo le digo á la muerte : ¿ cuándo llegas ?

1888.

DE BLANCO

¿ Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿ Qué cosa más pura que místico cirio?
¿ Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿ Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿ Qué cosa más santa que el ara divina
De gótico altar?
De blancas palomas el aire se puebla;
Con túnica blanca, tejida de niebla,
Se envuelve á lo lejos feudal torreón;
Erguida en el huerto la trémula acacia
Al soplo del viento sacude con gracia
Su níveo pompón!
¿ No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea,
Las tiernas ovejas triscando se van;
De cisnes intactos el lago se llena;
Columpia su copa la enhiesta azucena
Y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura;
De nieve parecen las canas del cura,
Vestido con alba de lino sutil;
Cien niñas hermosas ocupan las bancas,
Y todas vestidas con túnicas blancas
En ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro : la virgen propicia
Escucha los rezos de casta novicia
Y el cristo de mármol expira en la cruz ;
Sin mancha se yerguen las velas de cera;
De encaje es la tenue cortina ligera
Que ya transparenta del alba la luz.

Bajemos al campo : tumulto de plumas
Parece el arroyo de blancas espumas
Que quieren, cantando, correr y saltar ;
Su airosa mantilla de fresca neblina
Terció la montaña; la vela latina
De barca ligera se pierde en el mar.

Ya salta del lecho la joven hermosa
Y el agua refresca sus hombros de diosa,
Sus brazos ebúrneos, su cuello gentil
Cantando y risueña se ciñe la enagua,
Y trémulas brillan las gotas del agua
En su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh mármol! ¡ Oh nieves! ¡ Oh inmensa blancura,
Que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡ Oh tímida virgen! ¡ Oh casta vestal!
Tú estás en la estatua de eterna belleza ;
De tu hábito blando nació la pureza,
¡ Al ángel das alas, sudario al mortal!

Tú cubres al niño que llega á la vida,
Coronas las sienes de fiel prometida,
Al paje revistes de rico tisú.

¡Qué blancas son, reinas, los mantos de armiño!
¡Qué blanca es, ¡oh madres! la cuna del niño!
¡Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!

En sueños ufanos de amores contemplo
Alzarse muy blancas las torres de un templo,
Y oculto entre lirios abrirse un hogar;
Y el velo de novia prenderse á tu frente,
Cual nube de gasa que cae lentamente
Y viene en tus hombros su encaje á posar.

1888.

EN EL ÁLBUM

DE LA

SENORITA PAZ BARROSO

No tan gallarda ni gentìl ni bella
Fué del placer y del amor la diosa,
Ni tanta luz se condensó en la estrella,
Ni aroma tanta en la naciente rosa!

¿ Y quién ¡ oh joven inmortal! sería
Digno cantor de tu celeste encanto,
Si tú le das la claridad al día
Y á los luceros el nocturno manto?

Te dió la vida cuanto hermoso tiene;
La juventud de gracias te rodea;
La blonda Psiquis á besarte viene
¡Y el amor en tus hombros aletea!

Las flores brotan do la planta pones;
No hay alma que por verte no suspire...
Si eres diosa, ¡ la tierra no abandones!
Si eres mortal... ¡ que el cielo no te mire!

1888.

LA SERENATA DE SCHUBERT

¡ Oh, qué dulce canción ! Límpida brota
Esparciendo sus blandas armonías,
Y parece que lleva en cada nota
¡ Muchas tristezas y ternuras mías!
¡ Así hablara mi alma... si pudiera!
Así dentro del seno,
Se quejan, nunca oídos, mis dolores!
Así, en mis luchas, de congoja lleno,
Digo á la vida : — ¡ Déjame ser bueno!
— ¡ Así sollozan todos mis amores!
¿ De quién esa voz? Parece alzarse
Junto del lago azul, en noche quieta,
Subir por el espacio, y desgranarse
Al tocar el cristal de la ventana
Que entreabre la novia del poeta...
¿ No la oís como dice : « hasta mañana ? »
¡ Hasta mañana, amor! El bosque espeso
Cruza, cantando, el venturoso amante,
Y el eco vago de su voz distante
Decir parece : « ¡ hasta mañana, beso! »
¿ Por qué es preciso que la dicha acabe ?
¿ Por qué la novia queda en la ventana,
Y á la nota que dice : « ¡ hasta mañana! »
El corazón responde : « ¿ quién lo sabe? »

¡ Cuántos cisnes jugando en la laguna!
¡ Qué azules brincan las traviesas olas!
En el sereno ambiente ¡ cuánta luna!
Mas las almas ¡ qué tristes y qué solas!

En las ondas de plata
De la atmósfera tibia y transparente,
Como una Ofelia náufraga y doliente,
¡ Va flotando la tierna serenata!...

Hay ternura y dolor en ese canto,
Y tiene esa amorosa despedida
La transparencia nítida del llanto,
¡ Y la inmensa tristeza de la vida!

¿ Qué tienen esas notas? ¿ Por qué lloran?
Parecen ilusiones que se alejan...
Sueños amantes que piedad imploran,
Y como niños huérfanos, ¡ se quejan!

Bien sabe el trovador cuán inhumana
Para todos los buenos es la suerte...
Que la dicha es de ayer... y que « mañana »
Es el dolor, la obscuridad, ¡ la muerte!

El alma se compunge y estremece
Al oir esas notas sollozadas...
¡ Sentimos, recordamos, y parece
Que surgen muchas cosas olvidadas!

... .

¡ Un peinador muy blanco y un piano!
Noche de luna y de silencio afuera...
Un volumen de versos en mi mano,
Y en el aire ¡ y en todo! ¡ primavera!

¡ Qué olor de rosas frescas! en la alfombra
¡ Qué claridad de luna! ¡ qué reflejos!

..... ¡ Cuántos besos dormidos en la sombra,
Y la muerte, la pálida, qué lejos!
En torno al velador, niños jugando...
La anciana, que en silencio nos veía...
Schubert en tu piano sollozando,
Y en mi libro, Musset con su « Lucía. »
¡ Cuántos sueños en mi alma y en tu alma !
¡ Cuántos hermosos versos ! ¡ cuántas flores!
En tu hogar apacible ¡ cuánta calma!
Y en mi pecho ¡ qué inmensa sed de amores!
¡ Y todo ya muy lejos! ¡ todo ido !
¿ En dónde está la rubia soñadora ?
..... ¡ Hay muchas aves muertas en el nido,
Y vierte muchas lágrimas la aurora !
..... Todo lo vuelvo á ver... ¡ pero no existe!
Todo ha pasado ahora... ¡ y no lo creo!
Todo está silencioso, todo triste...
¡ Y todo alegre, como entonces, veo!
..... Esta es la casa.. ¡ su ventana aquélla!
Ése, el sillón en que bordar solía...
La reja verde... y la apacible estrella
Que mis nocturnas pláticas oía!
Bajo el cedro robusto y arrogante,
Que allí domina la calleja obscura,
Por la primera vez y palpitante
Estreché con mis brazos, su cintura!
¡ Todo presente en mi memoria queda!
La casa blanca, y el follaje espeso...
El lago azul... el huerto... la arboleda,
Donde nos dimos, sin pensarlo, un beso!
Y te busco, cual antes te buscaba,
Y me parece oirte entre las flores,

Cuando la arena del jardín rozaba
El percal de tus blancos peinadores!
¡Y nada existe ya! Calló el piano...
Cerraste, virgencita, la ventana...
Y oprimiendo mi mano con tu mano,
Me dijiste también: « ¡hasta mañana! »
¡Hasta mañana!... Y el amor risueño
No pudo en tu camino detenerte!...
Y lo que tú pensaste que era el sueño,
Fué sueño, ¡pero inmenso! ¡el de la muerte!
....
¡Ya nunca volveréis, noches de plata!
Ni unirán en mi alma su armonía,
Schubert, con su doliente serenata
Y el pálido Musset con su « Lucía. »

1888.

Á MI BUENO Y QUERIDO AMIGO

FRANCISCO DE GARAY Y JUSTINIANI

Mientras ufana la risa
De tus labios no se aleje,
Si quieres que te aconseje,
¡Ama aprisa!
Con raudo mariposeo
Se va de ésta á aquella flor,
En las alas del deseo,
Libando el licor hibleo
Del amor!
¡Seres y cosas felices
Jamás tuvieron raíces!
Se ven marchitas las rosas
Y mustias las margaritas...
¡Pero no se ven marchitas
Ni alondras ni mariposas!
Con gentileza y donaire
Se paran en donde quieren,
Y cuando al cabo se mueren
Su libre tumba es el aire!
¡Sé como ellas,
Mientras tu destino rijas!...
Por verse en el cielo fijas
Están tristes las estrellas!
Ama á cuantas

Te quieran también amar,
Porque siendo tantas, tantas,
¡ No las podrás recordar !
¡ Ama al vuelo !...
Que sólo las almas malas
Están prendidas al suelo :
¡ Todo lo que sube al cielo
Tiene alas !
Hoy, aquí, mañana, allá ;
Sin locura ni pasión,
Como quien de paso va
Y seguro de que está
En casa su corazón ;
Haz la amorosa comedia
Ó la comedia divina...
¡ Mas córtala si declina
En tragedia !
¡ Todo en risa, todo en risa!
¡ Todo entre galán y dama!
Sin amar á todas ama...
Pero aprisa, muy aprisa!
Que así, yendo sin cesar
De esta flor á aquella flor,
Cuando te quiera buscar
No te encontrará el dolor!

Mas ¡ ay ! que en esa infinita
Mudanza eterna del alma,
Todo nuestro ser agita
Sed insaciable de calma !

Se pára el amor travieso
En labios de hermosas locas,
Y allí conoce las bocas...
¡ Pero no conoce el beso !
En las breñas del camino
Se queda el alma cansada,
Como túnica de lino
Por las zarzas desgarrada !
                Noche helada
  Cae al campo solitario,
Como las noches del polo,
Y envuelto en ese sudario,
Queda el espíritu solo !
                Quiso Dios
  Que abran las almas el vuelo ;
Mas sólo llegan al cielo
Las que van de dos en dos.
  Las otras vagan errantes,
En el espacio perdidas...
Pero, muertos ó inconstantes,
Ya no vendrán los amantes
De esas blancas prometidas !
  Busca, busca á la mujer
Que da paz al pecho herido,
Y, en llegándola á tener,
                Forma un nido !
¡ Los pájaros son muy sabios !
Huye la risa de prisa,
Y cuando se va la risa,
¡ Qué secos quedan los labios !
No vuelan las ilusiones
Ni ostentan sus ricas galas,

Sino teniendo por alas
Dos alas de corazones!
Haz pues lo que te aconsejo;
Como la hermosa un espejo,
Así el alma busca ansiosa
Otra alma tierna y amada,
Y sólo se mira hermosa
Si en ella está retratada!
Intranquilo cazador
Que marchas entre las flores,
Sabe que huyen los amores
Y que es eterno el amor!
Y mientras para él no existe,
Pierde el mirto su follaje
Y aparece enfermo y triste;
Mas ya verás cual se viste
En Mayo, con rojo encaje.
Impacientes las palomas
Vuelan por valles y lomas,
De libres haciendo alarde,
Con caprichoso volar,
Pero, cuando cae la tarde,
Regresan al palomar.

1888.

A JUSTO SIERRA

Después de leer su « Epístola al autor de LOS MURMURIOS DE LA SELVA. »

¿Por qué á la musa del dolor, huraña,
Ha de volver el rostro quien tranquilo
En limpia fuente de Tibur se baña?

Si en pobre choza, de quietud asilo,
Vive en paz con la vida, cante ufano
Los amores de Myrtis y Batilo.

Sabio es quien logró, por modo arcano,
Redivivas mostrar las criaturas
Del arte más hermoso: del pagano.

Prudente quien no busca las obscuras
Bóvedas de los claustros ni sondea
Del triste corazón las desventuras.

¡Aspire luz la voladora idea
Y de Blandusia en el cerrado huerto
Abeja de oro entre los mirtos sea!

No pienses, nauta, en el ignoto puerto
Ni busques en el mar alborotado
De náufraga ilusión el cuerpo muerto.

Bien sé que nuestro espíritu, agitado
Por recias olas del dolor, combate
Con los recuerdos vivos del pasado.

Bien sé que el corazón instante late,
Como quien llama á la insensible reja
De su cárcel, ansioso de rescate.

¡Todo es clamor de angustia, todo queja,
Y el antiguo ideal flota lejano
Como vela muy blanca que se aleja

En la muda extensión del océano!
¡Todo es congoja en la conciencia y duda,
Todo es naufragio en el dolor humano!

¿No miras á la Fe? Virgen desnuda,
Cayó, del barco, á los revueltos mares,
Y no hay marino que á salvarla acuda.

La abandonan los dioses tutelares,
Y como á solitaria, única roca,
Se encarama convulsa á los altares;

Allí se acoge, compasión invoca,
Pero la mar rugiente sube fiera,
Y ya sus plantas encogidas toca...

¡Ay! De salvarla el hombre desespera,
Y en tan profundo y triste abatimiento
La esperanza no sabe lo que espera!

Á la tierra se inclina el pensamiento,
Como el sauce á la tumba; las zagalas
Ya su tierna canción no dan al viento.

Para subir al cielo no hay escalas
Y el alma enferma, que volar solía,
Fuerzas no tiene para abrir las alas.

Plañidera infeliz, la poesía
Lamenta con acento gemebundo
De sus dioses, ya idos, la alegría.

Guarda el Olimpo un ángel iracundo;
Y del espacio en la tiniebla inmensa
No asciende, rueda para siempre el mundo!

¿Para qué interrogar la sombra densa?
En medio del dolor y de la duda
El arte es nuestra sola recompensa.

La belleza es verdad: abra desnuda,
Como Fryné, los brazos, y olvidemos...
La noche ha sido eternamente muda!

¿Á dónde va la barca? No sabemos!
Arrástrela á su antojo la corriente,
Y tú, para cantar, snelta los remos.

No claves la mirada en el Oriente:
Ya no aguarda, cual antes, á la Aurora,
Y en tocas de viudez hunde la frente!

Busca á la soberana redentora
Que es luz en nuestra noche de tristeza,
De « murmurante selva », habitadora.

¿No es acaso divina la belleza
Y consuelo inmortal la poesía
Que brota de la gran naturaleza?

Ella vierte en los pechos alegría,
Y recostados en su blanco seno,
Dormir podemos al caer el día.

Si el aire tiembla con la voz del trueno,
Ella dice al poeta: — todo es canto,
Todo es amor y vida, todo es bueno!

Es verdad que del templo sacrosanto
Á los verdes y ocultos bosquecillos
Ya no vienen las ninfas, suelto el manto.

La cigarra no canta en los tomillos,
Ni miramos, grabada en cornalina,
La imagen de Afrodita en los anillos.

No celebra las gracias de Corina
El tierno Ovidio, ni se llega al puerto
En voladora barca marfilina.

De Kipris el altar quedó desierto,
En largo sueño Anakreón reposa,
Y Eros agonizante, si no muerto.

¡Ay! Á la musa del placer hermosa
Estro mil veces le pedí y amparo
Con suplicante voz y clamorosa.

— Huyan de ti — la dije — el mozo ignaro,
El que á bárbaros dioses obedece,
El sabio enjuto y el canijo avaro.

Muere la vida apenas amanece,
Y yo como el poeta venusino
Busco las dichas que el placer ofrece.

Deja, pues, que las cante y al divino
Apolo Smynteo, amor de los helenos,
Húrtale para mí laurel y encino.

Pueblan el bosque Ninfas y Silenos
Y, de pámpano y yedra coronados,
Vuelvan los viejos dioses, ¡que eran buenos!

— ¡Así clamé! Los Númenes sagrados
Dejándome en el bosque entenebrido
Huyeron presurosos y callados.

Silente obscuridad había caído
De los cielos... ¡ni un astro ni una hoguera!
Y por los perros de Hécate seguido,

Engrifada la hirsuta cabellera,
Corvo y velludo sátiro corría
La hojarasca aplastando en su carrera.

Ninguno á mis clamores respondía,
Y el cedro, envuelto en toga tenebrosa,
Llamarme con sus brazos parecía.

Entonces exclamé : — ¡ Cuán venturosa
El alma del poeta á quien perfuma
La musa antigua con su olor de rosa !

¿ Cómo ha de convertir á nuestra bruma
Los ojos, si los cisnes de Afrodita
Para que idilios trace, le dan pluma?

En él Virgilio, cual un dios, habita
Y cuando á Horacio sonriendo llama,
Horacio acude á la sagrada cita.

El dios de Klaros en verdad le ama,
Y ya su copa, de oro cincelado,
Hebé, para escanciársela, reclama.

¡ Dichoso él, y mil veces desgraciado
Quien con la musa descreída brega
Y ver quiere, insensato, en el nublado !

Él con las Gracias y las ninfas juega,
Y es el rendido, venturoso amante
De la musa latina y de la griega.

Déjale, pues, en su Tibur fragante,
Mientras pensando en el problema eterno,
Nosotros vemos al obscuro Dante
Inclinado en la cima del infierno.

1888.

EL DIOS BUENO Y EL DIOS MALO

El Dios Malo dijo al Bueno:
— Dividamos la tarea;
Haré cuerpos, daré formas,
¿Tú qué haces? — ¡Yo, la Idea!
Y el Dios Bueno y el Dios Malo
Empezaron á luchar:
Dijo el Bueno: — ¡Yo hago el cielo! —
Dijo el Malo: — ¡Yo hago el mar! —
Y clavando la mirada
En la sombra entumecida,
El Dios Bueno, de la Nada
Brotar hizo Luz y Vida;
Ya la pálida alborada,
Ya la estrella adormecida,
Ya la virgen, ya la hada,
Ya la fronda estremecida.
Arrancaron los querubes
Á sus alas níveas plumas,
Y las grandes fueron nubes,
Y las breves fueron brumas.
Con sus rizos color de oro
Se formaron los celajes...
Y guiaba Dios el coro
De sus pajes.
Poco á poco, cual un velo
De cerúleo terso tul,
Fué extendiéndose en el cielo

El gran manto de lo azul.
Y el Dios Malo en lo profundo
De su lóbrego barranco
Vió colérico, iracundo,
La victoria de lo Blanco.
Y al mirar á los querubes
Con ligeras, níveas plumas,
Hacer brumas, hacer nubes,
Con su rabia formó espumas.
¿En el mar, cual roto encaje,
Veis la espuma que serpea?
Es la espuma de coraje
Del titán que forcejea.
Dijo el Bueno: —Ven y sube;
Ve la nube que trae Mayo.—
Y el Demonio, en esa nube
Puso el rayo.
Miró Dios aquel flamígero
Corvo alfange de guerrero,
Y de él hizo nuestro alígero
Obediente mensajero.
—¡Á la sima! ¡Á lo profundo!
¡Tú en lo alto! ¡Yo en el mar!
¡Reinaremos á la par,
Tú, en el cielo; yo en el mundo!
Haz la luz que alegra y dora
Con su claridad el Orbe:
Yo haré la Noche que sorbe,
Á la Aurora!
Y de las hondas cisternas,
De las húmedas cavernas,
Como escuadorn de Titanes

Las sombras fueron brotando,
Pavorosas cabalgando
En crinados huracanes.
  Miró Dios cómo subía
Aquel ejército mudo
Á combatir con el Día,
Y puso el sol como escudo.
  Corrida y avergonzada
La turba de los gigantes
Hizo la noche callada,
Y Él, á esa esclava enlutada
La salpicó de brillantes.
  Vencido en aquella guerra,
Rabioso por impotente,
El Diablo su negra frente
Hundió con ira en la tierra.
Y tal cayó Leviathán
Y tal pavor infundió,
Que de lo hondo brotó
Lanzando un grito el volcán.
  Ya en su barranco escondido,
Por las sombras custodiado,
El Dios Malo hizo el olvido
            Y el pecado.
  Para tener un tesoro
Con que brindar al mortal,
Guardó en minas el metal:
            ¡ Guardó el oro!
  Allá el diamante que excita
El amor á la riqueza...
¡ Al que vendió su pureza
            Margarita!

¡Allí lo que se ha de hallar,
Si se quiere conseguir,
Nunca á fuerza de subir,
Siempre á fuerza de bajar!
¡No la luz que parpadea
En el espacio estrellado,
Sino la luz que chispea
En la noche del pecado!
Cuando, sepulto en el suelo,
Arder esas luces vió,
Á Dios dijo el Diablo: — ¡Yo
También ya tengo mi cielo!
Ya verás si las amantes
Y candorosas doncellas,
No prefieren mis diamantes
Á tus pálidas estrellas.
— Al fin, seguro en mi encierro,
En poder ya no me igualas,
Armas haré con el hierro;
Y con el plomo, haré balas!
Tomó el Dios Bueno, Inmortal,
El plomo tosco, lo alienta,
Y de ese humilde metal
Hizo la letra de imprenta.

***

El Dios Malo, de ira ciego,
Por el Bueno ya vencido,
Cayó, cual de rayo herido,
En hirviente mar de fuego.

1888.

ESPERA

— ¡Ay! ¡Cuánta sombra en mi ánimo aterido!
¡Cuánto silencio en torno de mi lecho!
El corazón con pertinaz latido,
Quiere romper la cárcel de mi pecho.

— ¡Vámonos! — dice — deja que los clavos
De mis ferrados vínculos desprenda,
Y por la noche, prófugos esclavos,
Juntos dejemos la callada tienda!

Dormita el centinela.. todo calla...
Solos, por fin, en el vivac estamos...
Mañana será ruda la batalla...
¡Tercia tu manto y en silencio huyamos!

¿Á qué seguir? El ideal ha muerto.
Nos manda capitán desconocido,
Y vamos, por la arena del desierto,
Á conquistar las tierras del olvido!

Abre mi cárcel! Si el temor te acosa
Á alguien acude que con brazo duro

Me hiera, como á negra mariposa,
Con su puñal clavándome en el muro!

— Déjame, corazón, que en Dios confíe...
Viene tras la tormenta la bonanza...
Allá lejos, ¡ muy lejos ! nos sonríe,
Con sonrisa muy triste, la esperanza !

— ¡ Nos engañan ! ¡ Huyamos ! Impaciente
Vibra el puñal... ¡ Mañana será tarde !
¿ Por qué con el dolor eres valiente
Y con la muerte tímido y cobarde ?

Si al fin ha de llegar, vamos á ella
En la tibia estación de los amores,
Y así podrás decirla : — ¡ Esposa bella,
Tengo aún para ti versos y flores ! —

Este fué entonces su postrer reproche
Pero siguió, latiendo, la tarea,
Como viajero que en lluviosa noche
La ruda puerta del hogar golpea.

Y así, esperando la radiante aurora,
Pasó entre sombras la existencia mía ;
Él repitiendo sin cesar : — ¡ Ahora !
Y yo : — ¡ Un instante nada más ! ¡ Un día !

Una mañana, del otoño gala,
En el pecho sentí nuevo latido,
Como ligero movimiento de ala
Que débil se alza estremeciendo el nido.

No era ya toque de violenta mano
Por la tardanza en el abrir rabiosa,
Era el impulso de botón lozano
Que quiere, erguido, convertirse en rosa.

« Hubo un ángel en medio de mi sombra : »
Ya, prófugo, á partir me preparaba,
Y la que sólo mi silencio nombra,
Me dijo sonriendo : — ¡ Te esperaba !

1888

PARA UN ALBUM

¡En estas hojas se columpian nidos!
Escucho entre la fronda hospedadora,
Como cantos suaves,
Los versos de tus bardos, de tus aves,
¡Oh rubia, oh blanca, oh sonriente aurora!
¿No los ves en tu álbum escondidos?
¡En estas hojas se columpian nidos!
Y te hablan de la tierra en que naciste,
De la que es isla porque el mar celoso
Quiso ardiente abrazarla,
Ser su dueño y señor, su regio esposo,
Y en todas partes, á la vez, besarla.
De aquélla que brotó dentro las ondas,
Como Afrodita la de trenzas blondas;
De la virgen cautiva,
Que en su hamaca pendiente de las palmas,
Aguarda silenciosa á que reviva
La justicia en las almas.
Y hablan de ti, la gracia juguetona,
La perla de esa concha purpurina,
La joven diosa de gentil corona,
Hada en el aire y en el mar ondina.
Celebran entusiastas tus hechizos,
Y son los versos que en tu elogio crean

Luciérnagas brillantes que chispean
En la rubia cascada de tus rizos.
¡Dichoso quien conoce tu hermosura!
¡Triste de aquél que como yo, la ignora!
Mas, pobre alondra entre la noche obscura,
Antes que surjas, te saludo, Aurora!

1888.

A BENJAMIN BOLAÑOS

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

Te lo dije al mirarle... ¡ Si era un sueño
olvidado entre blandos almohadones !
— Oculta mucho al querubín risueño...
y cierra bien las puertas y balcones !...

¿ No ves con cuánto afán los pequeñitos
en la cuna gentil se balancean,
y cómo alzan y mueven sus bracitos
y al moverlos parece que aletean ?

Es que buscan sus alas, las extrañan,
las piden impacientes noche y día,
con cantos y columpios los engañan...
¡ Y ellos piensan que vuelan todavía !

¡ El tuyo las halló ! La inmóvil cuna
nido no es ya de celestiales goces...
Partió en un rayo de la blanca luna...
¡ Su otra familia lo llamaba á voces !

Entorna tu balcón por si volviera;
tal vez, entrando en la mansión dichosa,
murmuró arrepentido: ¡*mamá* era
más buena, más amante, más hermosa!

Si no vuelve el amor de tus amores,
en tu amor paternal halla consuelo;
¡no conoció del mundo los dolores,
y vivió sin vivir, y se fué al cielo!

1888.

EN ALTA NOCHE

¡ Señor, Señor ! Los mares de la idea
tienen también sus rudas tempestades :
mi espíritu en la sombra titubea
como Pedro en el mar de Tiberiades.

Hierven las aguas en que yo navego,
mi pobre esquife á perecer avanza...
Tú, que la luz le devolviste al ciego,
devuélvela á mi fe y á mi esperanza.

Surge, surge, Jesús, porque la vida
ágil se escapa de mis brazos flojos ;
y el alma sin calor, desfallecida,
muy lentamente cierra ya los ojos.

Aparece en la inmensa noche obscura ;
las conciencias te llaman... están solas,
y pasa con tu blanca vestidura
serenando el tumulto de las olas.

1889.

DESPUÉS..,

¡Sombra, la sombra sin orillas, esa
Que no ve, que no acaba...
La sombra en que se ahogan los luceros...
Esa es la que busco para mi alma!
Esa sombra es mi madre, buena madre,
Pobre madre enlutada!
Esa me deja que en su seno llore
Y nunca de su seno me rechaza...
¡Dejadme ir con ella, amigos míos,
Es mi madre, es mi patria!

*
* *

¿Qué mar me arroja? ¿De qué abismo vengo?
¿Qué tremenda borrasca
Con mi vida jugó? ¿Qué ola clemente
Me ha dejado en la playa?
¿En qué desierto suena mi alarido?
¿En qué noche infinita va mi alma?
¿Por qué, prófugo, huyó mi pensamiento?
¿Quién se fué? ¿Quién me llama?
¡Todo sombra! ¡Mejor! ¡Que nadie mire!
¡Estoy desnudo! ¡Ya no tengo nada!

*
* *

Poco á poco rasgando la tiniebla,
Como puntas de dagas,
Asoman en mi mente los recuerdos
Y oigo voces confusas que me hablan.
No sé á qué mar cayeron mis ideas...
Con las olas luchaban...
¡Yo vi cómo convulsas se acogían
Á las flotantes tablas!
La noche era muy negra... el mar muy hondo...
¡Y se ahogaban... se ahogaban!
¿Cuántas murieron? ¿Cuántas regresaron,
Náufragos desvalidos, á la playa?
...... ¡Sombra, la sombra sin orillas, esa,
Esa es la que busco para mi alma!

*
* *

Muy alto era el peñón cortado á pico,
Sí, muy alto, muy alto!
Agua iracunda hervía
En el obscuro fondo del barranco.
¿Quién me arrojó? Yo estaba en esa cumbre...
¡Y ahora estoy abajo!
Caí, como la roca descuajada
Por titánico brazo.
Fuí águila tal vez y tuve alas...
¡Ya me las arrancaron!
Busco mi sangre, pero sólo miro
Agua negra brotando;

Y vivo, sí, mas con la vida inmóvil
Del abrupto peñasco...
¡Cae sobre mí, sacúdeme, torrente!
¡Fúndeme con tu fuego, ardiente rayo!
¡Quiero ser onda y desgarrar mi espuma
En las piedras del tajo...
Correr... correr... al fin de la carrera
Perderme en la extensión del Océano.

***

El templo colosal, de nave inmensa,
Está mudo y sombrio;
Sin flores el altar, negro, muy negro;
¡Apagados los cirios!
Señor, ¿en dónde estás? ¡Te busco en vano!...
¿En dónde estás, oh Cristo?
¡Te llamo con pavor porque estoy solo,
Como llama á su padre el pobre niño!...
¡Y nadie en el altar! ¡Nadie en la nave!
¡Todo en tiniebla sepulcral hundido!
¡Habla! ¡Que suene el órgano! ¡Que vea
En el desnudo altar arder los cirios!...
¡Ya me ahogo en la sombra... ya me ahogo!
¡Resucita, Dios mío!

***

¡Una luz! ¡Un relámpago!... ¡Fué acaso
Que despertó una lámpara!
¡Ya miro, sí! ¡Ya miro que estoy solo!...
¡Ya puedo ver mi alma!

Ya ví que de la cruz te desclavaste
Y que en la cruz no hay nada...
Como esa son las cruces de los muertos...
Los pomos de las dagas...
¡Y es puñal, sí, porque su hoja aguda
En mi pecho se encaja!
Ya ardieron de repente mis recuerdos,
Ya brillaron las velas apagadas...
Vuelven al coro tétricos los monjes
Y vestidos de luto se adelantan...
Traen un cadáver... rezan... ¡oh, Dios mío,
Todos los cirios con tu soplo apaga!...
¡Sombra, la sombra sin orillas, esa,
Esa es la que busco para mi alma!

1889.

¡ CASTIGADAS !...

Como turba de alegres chiquillas
que en tropel abandona la escuela,
y cantando, cual pájaros libres,
á su casa de tarde regresan,
tras el largo trabajo del día,
siempre vivas, garbosas y frescas,
regresabais á mi alma, ilusiones,
coronadas de mirto y verbena.
¡ Qué de flores hermosas traíais!
¡Cuán henchida de frutas la cesta!
En los labios, ¡ qué risas tan dulces!
En el alma, ¡ qué nobles promesas!
Aun os miro, mis pobres hijitas,
impacientes tocar á la puerta,
y con ansia de hacerme cariños
muy aprisa subir la escalera.
— ¿Qué me traes, botoncito de rosa?
— Este ramo de azules violetas...
— ¿Qué me da la señora de casa?
— Su boquita de grana que besa.
— Ya venís de cazar mariposas;
os aguarda caliente la cena,
y mañana, cantando felices,
volveréis muy temprano á la escuela.

*
* *

Hoy despacio venís y enlutadas,
poco á poco subís la escalera,
con los párpados tiernos muy rojos,
huerfanitas, calladas y enfermas.
Ilusiones ¡ qué mala es la vida!
la esperanza del bien ¡ qué embustera!
y ¡ cuán tristes, con cuánto cansancio
volveréis de mañana á la escuela!

*
* *

Ni una flor en el búcaro roto...
Los que vienen aquí se las llevan!
Como todo en la casa está triste,
las palomas huyeron ligeras !...
Ya no agitan sus alas de nieve,
despertando á la luz mis ideas;
no son aves de rico plumaje,
no retozan, ni cantan, ni vuelan!
¿No lo veis? Por un claustro sombrío
en la noche silente, atraviesan,
con la toca y el hábito negros
y en las manos la pálida vela.
Van al coro sin verse ni hablarse,
sola, obscura, se mira la iglesia...
¡ Cuán heladas las losas de mármol
y cuán dura la fúnebre reja!
¡ Oh mis monjas! del mundo olvidadas
paso á paso volvéis á la celda,

y en el lecho, cruzados los brazos,
silenciosas quedáis como muertas.

*
* *

¿Por qué en monjas de lúgubres tocas
se trocaron las niñas traviesas?
Ilusiones, ¿por qué os castigaron?
¡Pobrecitas... yo sé que sois buenas.
Sólo amor y ternura pedíais,
sólo os dieron engaño y tristeza;
Ilusiones... ¿por qué os castigaron?
¡Pobrecitas!... yo sé que sois buenas!

1889.

UMBRÍA

Á Antonio de la Peña y Reyes

Entre los copados fresnos
De verde y espesa fronda,
Á la hora de la siesta,
¡ Cuán apacible es la sombra!
¡ Qué grato es colgar la hamaca
De las ramas vigorosas
Y sentir, al columpiarse,
Cómo crujen y se doblan!
Con su abanico las brisas
Mueven las húmedas hojas
Salpicando de brillantes
Los capullos de las rosas;
Y los álamos enhiestos
Que los ribazos decoran
Tienden su mantilla blanca
Sobre el cristal de las ondas!
La hamaca se balancea,
Como gallarda criolla
Que en los brazos de su amante
Á la danza se abandona;
Y entre sus mallas tendido
Con indolencia sabrosa,

Dormita el joven poeta
Soñando amores y gloria...
Bajo los copados fresnos
¡Cuán apacible es la sombra!

Para tiernos amadores,
Para doncellas hermosas,
Cuando la tarde se muere
¡Qué buena amiga es la sombra!
Cierra á la luz las pupilas,
Y así no mira celosa
Cómo se juntan los pechos,
Cómo se besan las bocas.
¡Qué bien saben las caricias
Que en la obscuridad se roban
Mientras la anciana sirviente
Enciende la veladora!
Ó al regresar de un paseo
Por la calle obscura y sola
¡Besar de pronto los rizos
Que en albo cuello retozan!
Entonces la blanca virgen
Con más languidez se apoya
En el brazo, que temblando
Un seno mórbido toca...
Cuando la tarde se muere
¡Qué buena amiga es la sombra!

Pero ¡ay! qué mala y artera,
¡Qué sepulcral y qué torva,
Para quien teme desdichas
Y penas íntimas llora!

Viene, enlutada siniestra,
Y entra al hogar silenciosa,
Y en el ruedo, antes alegre,
Sin hablar, asiento toma.
Y apaga luces y risas,
¡Cuanto brilla, cuanto goza,
Claridad de ojos azules
Y fulgor de trenzas blondas!
¿Qué malas nuevas nos traes?
Dí ¿por quién vienes, ladrona?...
Para quien desgracias teme
¡Qué mala amiga es la sombra!

No es verde, como en la siesta
Bajo el dosel de las hojas,
Ni como al caer la tarde
Tiene palidez de novia.
Es la hermana de la muerte,
La falaz encubridora,
No la que baja del cielo,
La que surge de las fosas.
¡Las otras son luz dormida...
Pero ésta sí que es la sombra!

1889.

EN EL ÁLBUM DE UNA DAMA

PRIMERA PÁGINA

—Señora : ya está abierta la arábiga ventana!
Abrirla me ordenaste y presto obedecí.—
Ahora ya que inunde la luz de la mañana
Tu camarín de raso, tu alcoba de sultana...
El paje se retira : tus órdenes cumplí.
No impiden ya las altas vidrieras de colores
Que á tu retrete lleguen las almas de las flores,
Los cantos de las aves, los ecos del laúd;
De tu soberbio alcázar la puerta ya está franca
Al viejo peregrino, á la novicia blanca,
Al trovador errante que de su lira arranca
¡ Mil himnos armoniosos de eterna juventud!
Seré, si tú lo quieres, su heraldo vocinglero,
Y te diré los nombres de cada caballero
Que el puente levadizo pretenda atravesar;
Con mi clarín de plata te anunciaré si llega
El príncipe de Atenas en su carroza griega,
Ó el arrogante y rudo Rodrigo de Vivar.
Que lleguen á admirarte tus huéspedes, señora :
El mago de Circasia, la reina de Bassora,
El opulento obispo y el pálido prior;

Yo sólo abrí las puertas y preparé la entrada;
Por el rastrillo, al noble; por la ventana, al Hada;
Y por la azul escala, de seda recamada,
¡Al verso que te busca, cual joven trovador!
Alcázar es tu álbum : sus altos torreones
Habitan golondrinas y rondan los halcones...
El agorero buho jamás reposa allí!
De gasa plateada revístelos la luna
Y cuando el sol despierta, dorando la laguna,
Les prende de los hombros un manto carmesí.
En los marmóreos patios rebullen los vasallos,
Y piafan orgullosos los árabes caballos,
Y brillan los estoques y duerme el arcabuz;
Por ver á las meninas esfuérzanse los pajes,
Y agítanse las plumas y tiemblan los encajes,
Y en los bordados áureos de los lucientes trajes
Se truecan en diamantes los átomos de luz.
Asoma á tu ventana : contempla los jardines,
Los bosques de naranjos, los húmedos jazmines
En cuyas hojas calma su sed el ruiseñor:
El chorro de la fuente que cae desalentado,
Llorando y ya sin fuerzas, cual pobre enamorado
Que en vano subir quiso adonde está su amor.
¡Verás cómo se alegran en sus pequeños nidos
Los pájaros canoros que estaban entumidos,
Y piensan, si los miras, que empieza á amanecer;
Verás cómo te busca la inquieta mariposa
Y oirás cómo, volando, te dice que eres rosa,
Y aunque la riñas mucho, por terca y caprichosa,
Verás cómo tampoco la puedes convencer!
¡Cantad en estas hojas, oh pájaros poetas!
¡Venid aquí á esconderos, oh tímidas violetas!

¡Oh príncipes y bardos, en el castillo entrad!
¡Abierta quedó, alondras, la arábiga ventana!
¡Viajeras golondrinas, ya apunta la mañana!
Venid y en estas torres esbeltas anidad.

. . . .

El paje se retira: no suenan en la alfombra
Sus pasos, y se mira su vacilante sombra
Cruzar los gobelinos del gótico salón:
Después se aleja y huye por el jardín callado...
¡Oh ruiseñor que cantas en el gentil granado,
... Ya brillan los luceros: preludia tu canción!

1883.

PAX ANIMÆ

DESPUÉS DE LEER Á DOS POETAS

¡Ni una palabra de dolor blasfemo!
Sé altivo, sé gallardo en la caída,
¡Y ve, poeta, con desdén supremo
Todas las injusticias de la vida!

No busques la constancia en los amores,
No pidas nada eterno á los mortales,
Y haz, artista, con todos tus dolores
Excelsos monumentos sepulcrales.

En mármol blanco tus estatuas labra,
Castas en la actitud, aunque desnudas,
Y que duerma en sus labios la palabra...
Y se muestren muy tristes... ¡pero mudas!

¡El nombre!... ¡Débil vibración sonora
Que dura apenas un instante! ¡El nombre!...
¡Idólo torpe que el iluso adora!
¡Ultima y triste vanidad del hombre!

¿Á qué pedir justicia ni clemencia
— Si las niegan los propios compañeros —
A la glacial y muda indiferencia
De los desconocidos venideros?

¿Á qué pedir la compasión tardía
De los extraños que la sombra esconde?
¡Duermen los ecos en la selva umbría
Y nadie, nadie á nuestra voz responde!

En esta vida el único consuelo
Es acordarse de las horas bellas,
Y alzar los ojos para ver el cielo...
Cuando el cielo está azul ó tiene estrellas.

Huir del mar y en el dormido lago
Disfrutar de las ondas el reposo...
Dormir... soñar... el Sueño, nuestro mago,
¡Es un sublime y santo mentiroso!

... ¡Ay! Es verdad que en el honrado pecho
Pide venganza la reciente herida...
Pero... ¡perdona el mal que te hayan hecho!
¡Todos están enfermos de la vida!

Los mismos que de flores se coronan
Para el dolor, para la muerte nacen...
Si los que tú más amas te traicionan
¡Perdónalos, no saben lo que hacen!

Acaso esos instintos heredaron,
Y son los inconscientes vengadores
De razas ó de estirpes que pasaron
Acumulando todos los rencores.

¿Eres acaso el juez? ¿El impecable?
¿Tú la justicia y la piedad reunes?
...¿Quién no es fugitivo responsable
De alguno ó muchos crímenes impunes?

¿Quién no ha mentido amor y ha profanado
De una alma virgen el sagrario augusto?
¿Quién está cierto de no haber matado?
¿Quién puede ser el justiciero, el justo?

¡Lástimas y perdón para los vivos!
Y así, de amor y mansedumbre llenos,
Seremos cariñosos, compasivos...
¡Y alguna vez, acaso, acaso buenos!

¿Padeces? Busca á la gentil amante,
Á la impasible é inmortal belleza,
Y vé apoyado, como Lear errante,
En tu joven Cordelia: la tristeza.

Mira: se aleja perezoso el día...
¡Qué bueno es descansar! El bosque obscuro
Nos arrulla con lánguida armonía...
El agua es virgen. El ambiente es puro.

La luz, cansada, sus pupilas cierra;
Se escuchan melancólicos rumores,
Y la noche, al bajar, dice á la tierra:
—¡Vamos... ya está... ya duérmete... no llores!
....

Recordar... Perdonar... Haber amado...
Ser dichoso un instante, haber creído...
Y luego... reclinarse fatigado
En el hombro de nieve del olvido.

Sentir eternamente la ternura
Que en nuestros pechos jóvenes palpita,

Y recibir, si llega, la ventura,
Como á hermosa que viene de visita.

Siempre escondido lo que más amamos:
¡Siempre en los labios el perdón risueño;
Hasta que al fin, ¡oh tierra! á ti vayamos
Con la invencible laxitud del sueño!

Esa ha de ser la vida del que piensa
En lo fugaz de todo lo que mira,
Y se detiene, sabio, ante la inmensa
Extensión de tus mares, ¡oh Mentira!

Corta las flores, mientras haya flores,
Perdona las espinas á las rosas...
¡También se van y vuelan los dolores
Como turbas de negras mariposas!

Ama y perdona. Con valor resiste
Lo injusto, lo villano, lo cobarde...
¡Hermosamente pensativa y triste
Está al caer la silenciosa tarde!

....

Cuando el dolor mi espíritu sombrea
Busco en las cimas claridad y calma,
¡Y una infinita compasión albea
En las heladas cumbres de mi alma!

1890.

LAS ALMAS HUÉRFANAS

A Ignacio M. Luchichi.

I

En las noches de insomnio medroso,
En el lecho, ya extinta mi lámpara,
Por la sombra, cual niño extraviado
Que no encuentra, y la busca, su casa,
Va llorando, pidiendo socorro,
Por la sombra infinita mi alma.
Desconozco los sitios que cruzo;
Yo no he visto jamás esas caras;
Tienen ojos y á mí no me miran;
Tienen labios y á mí no me hablan.
¡ Qué ciudad tan hermosa y tan grande !
¡ Cuánta gente por sus calles y plazas !
¡ Cómo corre hervorosa la turba
Y atropella, derriba y aplasta !
Ennegrece los aires el humo
Que en columnas despiden las fábricas.
¡Qué suntuosos palacios! ¡ qué luces !
Y las torres ¡ qué altas! ¡ qué altas !
Y estoy solo, y á nadie conozco;
Oigo hablar, y no sé lo que hablan,
Si pregunto, no entienden y siguen...
¡Oh mis padres! ¡mi casa! ¡mi casa!

¿Será sueño? ¿Fué cierto que tuve
Un hogar, la casita callada,
Tan alegre, tan fresca por fuera
Y por dentro tan pura, tan santa?
El balcón, siempre abierto de día
Y cruzado por mística palma,
Á la luz semejaba decirle:
Aquí hay dicha y virtud: Pasa, pasa.
De mi padre el cabello muy blanco
Y los muros color de esas canas,
En los tiestos muy frescas las rosas
Y de rosa vestida mi alma.
¡Qué bien sabe, entre risas, la cena
En el lecho albeaban las sábanas
Y allí el sueño y el beso materno
Y el tranquilo esperar la mañana!

¿Cómo fué? Yo salí con alguno...
La viviente, brutal marejada
Me arrastró... volví luego los ojos
Y estoy solo... ¡mi casa! ¡mi casa!

¡Pobre espíritu, débil, perdido
Entre gente egoísta y extraña!
¡Pobre ciego que cruzas tocando
Tristes cosas de amor en tu arpa!
Ya no sigas pidiendo limosna,
Ya no tiendas tus manos heladas,
Ya no cantes, que nadie te escucha,
Y en la tierra por siempre descansa.
Estoy solo, en tinieblas: — ¡Dios mío!
¡Todo mudo! — ¡Mi Dios! ¡Todo calla!

¿También tú, de los huérfanos padre,
Te quedaste, señor, en mi casa?
Habrá un Dios para estas ciudades;
Pero no es aquel Dios de mi alma,
No me oye, no entiende mi lengua,
Y también apartándome pasa.
¿Qué, soy otro? ¿Ya no me conoces?
¿Tal mi cuerpo cambió la desgracia?
¡Ah: tú no eres el bueno, ni el mío,
Falso Dios de las gentes extrañas!
Poco á poco la sombra poblaron
En tropel invadiendo mi estancia.
Seres mudos: tan sólo se oía
El rumor de sus trémulas alas.
Y después, cual si todos unidos
Consiguieran ligar la palabra,
Que dispersa en brevísimas plumas
De sonidos deshechos volaba,
Tenue canto de súbito alzaron,
Como el ramo despide fragancia,
Como se une la luz de los cirios
En el gran candelabro de plata,
Y juntando en el aire sus haces
Claridades intensas derrama.
Hubo luz en mi noche sombría;
No era, no, la maldita mi alma;
Sollozaba en la noche, errabunda,
Como triste molécula humana,
Como parte doliente del Todo
Que anda á tientas buscando su casa.
Y las ví, sí, las ví, soñadoras...
¡Eran ellas, mis buenas hermanas,

Las que abrieron los ojos en cunas
Por el padre ya muerto enlutadas,
Y de aquella que dióles la vida
¡ Sólo vieron las últimas lágrimas !
Las que deja el Destino en el torno
Como expósitas tristes; las blancas
Criaturas que el vicio abandona,
Y, viniendo de noble prosapia,
Sienten luego crecer los impulsos
Que guardó el atavismo en su raza.
Son las hijas de padres muy ricos
Que en miseria dejó la desgracia.
Volar quieren, y tientan convulsas
El lugar do tuvieron las alas.
Llora más, llora más, pena mía,
Por las otras: no estás solitaria !

En la sombra lo blanco decía:
¡ Oh mis padres! ¡ mis padres ! ¡ mi casa !

II

Tú, poeta de pálido rostro,
El de húmeda y verde mirada,
Cual teñida con gotas de absintio,
¿ Qué pedistes á Dios ? — Esperanza. —
Á tu lado, Mimí, juguetona;
La mantilla andaluza flotaba,
Y en sus góndolas áureas salían
Deslumbrantes los *Cuentos de Italia.*
Apurando la copa de ajenjo
¿ Qué pediste ? — ¡ Esperanza ! ¡ Esperanza ! —

Ese es el filósofo austero;
Veces mil por la angosta ventana,
Por la ojiva del templo, le vieron
De rodillas las luces del alba;
Mas tocaron clarines de guerra,
Convocó la Verdad á batalla
Y la fe de aquel pecho creyente
Se alejó como ave asustada.
Quiso al templo volver; ¡pero en vano!
Á Jesús busca siempre; le ama,
Como se ama la rosa marchita
Que de amores pasados nos habla;
Con amor de recuerdo, muy triste,
Como luz vacilante de lámpara,
Con ternura de hijo que besa
Un retrato, un rosario, una lápida.
Labró en mármol la hermosa capilla
Donde yace el Jesús de su infancia,
Y quisiera decirle: ¡ En ti creo,
Sé mi Dios y levántate y anda!
Pero el Cristo ¡qué exangüe! Sus ojos
¡Qué apagados! Su frente ¡qué pálida!
Ya no tiene más sangre su cuerpo
Para dar fuerza nueva á esa alma:
Pide al arte el filósofo austero
Una fresca, mullida almohada,
Duerme á veces y grita en el sueño:
¡Oh mis padres! ¡mis padres! ¡mi casa!
Y tú, italo de tétrico aspecto,
Amador de la musa pagana,
Tú, nacido á gozar como Ovidio
En el coro gentil de las gracias,

Y clavado, infeliz Prometeo,
En la cruz, para pasto de águilas;
Tú, que en torno á tu roca no viste
Las piadosas oceánides blancas,
¿Qué dijiste á la vida, poeta?
— Te aborrezco por dura y por mala.
¡Oh fortuna! Por dicha no engendro.
¡No te ayudo! — ¿Qué pides? — ¡La nada!

Mas también ¡oh, poeta! sentías
De otra luz, de otra fe la nostalgia;
Eras tú para Grecia; en las naves
De la Chipre riente soñabas,
En las rosas de Jonia; en las ninfas
Que desnudas riendo besaban;
En los dioses que fueron tan bellos,
En lo vivo que ahora es estatua,
Y también sollozando decías:
¡Oh mis dioses, mi Atenas, mi patria!

Como arcángel de negra armadura;
Retorcida, fulmínea la espada,
Gladiador en el suelo caído,
No de frente, no inerme, de espalda,
Endereza su busto apolíneo
Apoyado en la mano que sangra
El cantor de la ira, y osado
Con el cielo impasible se encara.
La blasfemia forceja en su boca,
Es de acero su aguda mirada

Que á cruzarse tal vez con el rayo
En certera actitud se prepara.
Ha caído, la tierra quemóle
Como bruja infernal una planta,
Mientras gráciles, leves reían
En alígera tropa las hadas.
Ha caído : ¿ Qué pide ? — La muerte,
El selvático potro que arrastra
Á Mazzeppa infeliz en la selva,
Para huir entre espumas de rabia;
El barranco, el torrente, la tumba,
¡ El puñal de Manfredo ! ¡ Venganza!

Busca á Dios : no le encuentra ; iracundo
Llama al Diablo; tampoco le halla;
Y agoniza, diciendo á clamores:
¡ Oh luzbel! ¡ Oh mi dios, oh mi raza!

Y tú mismo, poeta marmóreo,
El olímpico, augusto monarca
De las quietas regiones en donde
Se disfruta el placer, no se ama;
Tú, feliz por amado, y no amante,
De las rubias muy rubias, muy blancas,
— ¡ Luz ! ¡ más luz ! moribundo decías
Al entrar en la sombra tu alma.

¡ Ay ! es cierto que todos decimos
como Rückert: ¡ Dadme alas ! ¡ Dadme alas !

III

¡ Oh Destino! La lluvia humedece
En verano la tierra tostada;
En las rocas abruptas retozan,
Su frescor esparciendo las aguas;
Pero el hombre de sed agoniza,
Y sollozan las huérfanas almas:
¿ Quién nos trajo? ¿ De dónde venimos?
¿ Dónde está nuestro hogar, nuestra casa?

1890.

Á LA SEÑORITA
ELENA ITUARTE Y MORENO

EN SU ÁLBUM

Como templo es tu álbum : por sus naves
Sólo deben cruzar las almas buenas :
En sus ojivas, anidar las aves,
¡Y erguirse en el altar las azucenas!

Como templo es tu álbum : en sus muros,
De mármol transparente fabricados,
Desde sus nichos, tímidos y puros,
Los ángeles te ven arrodillados.

Tú ocupas el altar : virgen hermosa,
Como el ángel Gabriel en la belleza,
Entre tus manos de marfil y rosa
Muestras el lirio azul de la pureza.

No soy digno de entrar en el Santuario :
No tocarán mis plantas su recinto,
Ni mi convulsa mano el incensario
Donde arde y se consume el terebinto.

Déjame, pues, que del cancel de plata
Abra la cincelada puertecilla
Y en el mármol de la ancha escalinata
Doble calladamente la rodilla.

1890.

MIS ENLUTADAS

Descienden taciturnas las tristezas
Al fondo de mi alma,
Y entumecidas, haraposas brujas,
Con uñas negras
Mi vida escarban.

De sangre es el color de sus pupilas,
De nieve son sus lágrimas:
Hondo pavor infunden... yo las amo
Por ser las solas
Que me acompañan,

Aguárdolas ansioso, si el trabajo
De ellas me separa,
Y búscolas en medio del bullicio,
Y son constantes,
Y nunca tardan.

En las fiestas, á ratos se me pierden
Ó se ponen la mascara,
Pero luego las hallo, y así dicen :
— ¡Ven con nosotras!
¡Vamos á casa!

Suelen dejarme cuando sonriendo
Mis pobres esperanzas
Como enfermitas, ya convalecientes,
Salen alegres
Á la ventana.

Corridas huyen, pero vuelven luego
Y por la puerta falsa
Entran trayendo como nuevo huésped
Alguna triste,
Lívida hermana.

Ábrese á recibirlas la infinita
Tiniebla de mi alma,
Y van prendiendo en ella mis recuerdos
Cual tristes cirios
De cera pálida.

Entre esas luces, rígido, tendido,
Mi espíritu descansa;
Y las tristezas, revolando en torno,
Lentas salmodias
Rezan y cantan.

Escudriñan del húmedo aposento
Rincones y covachas,
El escondrijo do guardé cuitado
Todas mis culpas,
Todas mis faltas.

Y urgando mudas, como hambrientas lobas,
Las encuentran, las sacan,
Y volviendo á mi lecho mortuorio
Me las enseñan
Y dicen: habla.

En lo profundo de mi ser bucean,
Pescadoras de lágrimas,
Y vuelven mudas con las negras conchas
En donde brillan
Gotas heladas

Á veces me revuelvo contra ellas
Y las muerdo con rabia,
Como la niña desvalida y mártir
Muerde á la harpía
Que la maltrata.

Pero en seguida, viéndose impotente,
Mi cólera se aplaca,
¡Qué culpa tienen, pobres hijas mías,
Si yo las hice
Con sangre y alma?

Venid, tristezas de pupila turbia,
Venid, mis enlutadas,
Las que viajáis por la infinita sombra,
Donde está todo
Lo que se ama.

Vosotras no engañáis: venid, tristezas,
¡Oh mis criaturas blancas
Abandonadas por la madre impía,
Tan embustera
Por la esperanza!

Venid y habladme de las cosas idas,
De las tumbas que callan,
De muertos buenos y de ingratos vivos...
Voy con vosotras,
Vamos á casa.

1890.

EN UN ABANICO

Ojos de negros espejos
Más que la mar agitados,
Decid si estáis enlutados
Por los que amando de lejos
Se mueren de enamorados;
¡Ojos de negros espejos
Más que la mar agitados!

1883.

VERSOS Á INCÓGNITA

¡Y era verdad!... Aquel día
Pasó la ventura mía,
Cerca, muy cerca de mí!
Tuve tu amor á mi lado,
Todo de blanco ataviado,
¡Y yo entonces no lo ví!

Al compás de lenta danza
Habló quedo mi esperanza
Y los ojos entreabrió;
Pero luego, vergonzosa
Por humilde y haraposa,
Tristemente los cerró.

Id ahora, mis canciones,
Id, oh castas ilusiones,
Id, oh dichas que soñé,
Amorosas, compasivas,
Á cubrir de siemprevivas
¡La esperanza que maté!

¡Ah! ¡Por eso lloro ahora,
Prometida soñadora
Al amor de un soñador,
Y mi vida enamorada,
Toda de negro ataviada,
Va llorando sin tu amor!

¡Alma, tuvistes un nido!
Alma, que nunca has creído
Y no te atreves á hablar:
En esa noche te oyeron....
Y nido y alma cayeron
¡Á lo más hondo del mar!

. . . .

Atardece en el piano:
De la blanca, grácil mano
Ya la danza se escapó...
Iba el bote en la laguna,
En el bote mi fortuna...
Y ya el bote se perdió!

1891.

LA MISA DE LAS FLORES

Á RICARDO DOMÍNGUEZ.

..Que fais-tu là? me dit Virgile.
...Maître, je mets Pégase au vert.

VICTOR HUGO

Boileau se queda en el aula
Y Voltaire en la ciudad.
¡ Musa, al campo ! ¡ Abre la jaula !
¡ Señores versos, entrad !

Alce la ola en el bosque
Su deslumbrante oriflama;
Que la sátira se enrosque
Y que brinque el epigrama.

Beba el madrigal coqueto
En los lirios vino blanco,
Y pensativo el soneto
Descanse en rústico banco.

Tenue, frígido remusgo
Entre los alcores sopla :
¡ Cuántas perlas en el musgo
Hay para tu cuello, copla !

Despierta, perezosilla:
Despierta que viene el alba...
Para hacerte una sombrilla
Cortó Robín esta malva.

Deja tu alcoba: el jazmín
No en blando reposo olvides
Que te aguarda tu escarpín,
Tu pequeño no me olvides.

La persiana de cristal,
Que anoche tejió la escarcha
En tu cámara nupcial
Rompe de un soplo, ¡y en marcha!

Ya no triste soliloquia
El nocturno ruiseñor,
Y el gorrión madrugador
Llama á misa en la parroquia.

Vamos al templo. Hoy es fiesta.
Tulipán dirá el sermón;
En la misa, gran orquesta;
Y en la tarde, procesión.

Palomas y codornices,
Con hojitas de azahares
Remiendan sobrepellices
Y componen los altares.

Un pobre topo, el más mandria
Y apocado, barre el coro.
¡Hoy va á cantar la calandria,
La calandria de voz de oro!

Será el zentzontle, tenor;
Jilguero, primer violín;
Y maestro director
El arrogante clarín.

La pila de agua bendita
Que está en el rincón umbrío,
Es silvestre margarita
Llena de fresco rocío.

El candelabro mayor
Es una hermosa araucaria,
Y aquel altar, siempre en flor,
Es de santa pasionaria.

Mil cazoletas de almendro
Perfuman el tabernáculo;
Ya viene con mitra y báculo
Monseñor el rododendro.

Van, los breves aretillos
Repicando cascabeles,
Y detrás, rojos claveles
Vestidos de monaguillos.

Doble sarta de corales
Parecen : mira al monago
Que marcha entre dos ciriales
Y alza la cruz de Santiago.

Otro, guapo y petimetre
Va con acetre é hisopo,
Y el hisopo de su acetre
Es un pompón de heliotropo.

Del coro bajo en las rejas,
Absortas en sus plegarias,
Se agrupan las trinitarias
Que tienen caras de viejas.

¿ No miras los blancos cirios
De plateadas escamas ?
Son encarrujados lirios,
Y de myrtho son las llamas.

Á la camelia patricia
Y á la azálea pizpireta
Ve azucena la novicia
Con sus ojos de violeta.

En un sitial la dahalia
Como priora se esponja,
Mientras la tórtola monja
Entra de sayo y sandalia.

Abajo, frescas irídeas
Cubren la arena del piso;
Y forman árido friso
En los muros las orquídeas.

¿No oíste parar un coche?
Es del alcalde. ¡Qué gruesa
Va la señora alcaldesa
Con su Dondiego de noche!

En cambio, ¡qué jubilosas,
Qué frescas y qué elegantes
Están las jóvenes rosas!
.....¡Qué indevotos sus amantes!

Aquél que de negro viste,
El de las grandes ojeras,
Es un Pensamiento triste...
¡Sufre mucho! ¡Si supieras!...

Mas ¡silencio! ¡De rodillas!
Ya el monago de roquete
Girar hace el rehilete
De azulinas campanillas.

Parece el altar brillante
Ascua de plata inflamada:
¡Ya levanta el oficiante
La gardenia inmaculada!

Luego, una ráfaga fría
Súbita baja del coro
Y apaga la luz que ardía
En el gran trébol de oro.

Los rojos myrthos, prendidos
En los cirios, azulean,
Se retuercen, parpadean
Y quédanse al fin dormidos,

Sus pábilos en hilera
Simulan negro rosario :
Por la torcida escalera
Baja el cuervo al santuario.

Frente al sagrario se hinca,
El agudo pico tiende
Y, lámpara azul, se enciende,
Tremulante, la pervinca.

Salgamos : la muda selva
Derrama dulce beleño,
Y esparce la madreselva
Su apacible olor de sueño.

Cierran las flores su broche ;
Calla la breve campana :
Flores nuevas, buenas noches ;
Musa azul, hasta mañana.

1892.

A ALTAMIRANO

(SUS VERSOS).

Los *Naranjos* están tristes,
y las *Amapolas* secas;
en el aire no retozan
bulliciosas las *Abejas*.
En el monte no hay lumbradas
de festiva *Noche Buena*,
y mirando al horizonte
pensativa está *Clemencia*.
¿ Por qué todo está tan triste?
¿ Quién nos deja?
Atoyac de zarcas ondas,
que entre guijas serpenteas,
¿ Por qué pasas, por qué huyes
y te quejas?

LOS NARANJOS.

Bajo nuestras verdes hojas
cuyo perfume embelesa,
se buscan las bocas rojas
y muy quedito se besa.

Es cual virgen nuestra flor
que ansiosa á su novio aguarda,
y como su novio tarda,
está pálida de amor.
Pero hoy su palidez
no es la que colora un beso...
se va su amado... y por eso
es palidez de viudez.
Como del cisne las plumas
son los blancos azahares,
y hoy quisieran ser espumas,
ser espumas de los mares.
Ya cuando el aire los mueve
no figuran nupcial velo,
y parece que del cielo,
cae la nieve.

LAS ABEJAS.

¿ En qué rosas posaremos
nuestros áureos breves pies,
en qué versos libaremos
nuestra miel?
La colmena queda rota
puesto que huyes y te vas.
¡ Oh! ¡ quién fuera la gaviota,
la gaviota de la mar!

EL ATOYAC.

¡ Tronco, aparta ! ¡ quita, roca!
¡ Junco, ceja ! ¡ Sauce, atrás!
Con tus brazos no me anudes,
liana pérfida y letal.
¡ Á galope, mis corceles !
¡ Mis hipógrifos, volad !
Vuestra blanca grupa azote
sin descanso el huracán,
y de espuma, jadeantes,
las orillas salpicad;
que se oculten mis nereidas
en sus urnas de cristal,
y con súplicas no atajen
al colérico sultán;
que mi séquito de monstruos
no interrumpa el galopar,
y á las barcas pescadoras
atropelle sin piedad...
Corro en pos de mi poeta.
¡ Voy al mar!

*
* *

Y cual Sato, envuelto en blanca
ancha túnica imperial,
al Océano turbulento
arrojóse el Atoyac.

LAS OCEÁNIDES.

¡ Se acerca, ya viene!
¡ De prisa, que llega!
¡ Que adornen corales
las húmedas trenzas !
¡ Ya viene el amado !
¡ Ya viene el poeta !
¡ Aquí todo es suyo !
¡ Aquí siempre reina,
que á él le debemos
inmensa riqueza !
Decidle, cantando,
¡ oh hermosas sirenas!
que aquí de sus versos
la mar está llena :
son versos en libro,
y en conchas son perlas.

LOS LAURELES.

Dijo un laurel solterón,
por solterón egoísta :
puesto que se va el artista,
ya se va nuestro ladrón.
Y un laurel que se respeta
contestó : ¿ Á qué nos quedamos ?
¿ ya se va nuestro poeta?
¡ Pues nos vamos !

ANTE EL MAR.

¡ Que espere el barco ! La mañana fría,
con su túnica blanca y la corona
de húmedas rosas, á la mar desciende;
canta el gaviero ; el marinero adusto
en su atezada pipa alegre fuma ;
allá, doquiera, cual nevados cisnes
que de pie sobre el mar raudos caminan,
aparecen las velas de los botes ;
se acerca el sol y pueblanse las ondas;
como de duendes áureos que traviesos,
luciérnagas acuáticas semejan;
los pescadores sus cabañas dejan,
y, cansados al fin, duermen los besos.
¡ Que espere el barco ! Siga la mañana
muy quedo y muy despacio su camino;
una joven, la musa americana,
llorando se despide en la ventana
del poeta divino.
Le dice : « ¡ No te vayas todavía ! »
como á su amante la gentil Julieta,
y entre besos respóndele el poeta :
« Me voy y vas conmigo : ¡ tú eres mía ! »

1889.

LA MUÑECA *

MONÓLOGO.

Á LA SRA. CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ
EN HOMENAJE DE RESPETO.

Decoración (si es posible) : Una recámara. — Muebles indispensables : Un ropero. — Un sillón. — Una mesita. — Y en la mesita la caja en donde se supone que está guardada la muñeca.

Aquí la caja. El cartón
Sin una mancha. Está bien.
La rorrita en su colchón.
Falta cubrirla, y también
Un pedazo de listón.

¿ Lo pondré color de rosa ?
¿ Azul ?... ¿ rojo ?... ¡ Ya no dudo !
De rosa se ve preciosa
Mi hermanita primorosa ;
Pues, ¡ de rosa, y hago el nudo !

Tiene vestidos, sombrero,
Su sombrilla, su corsé,
Y me ha costado el dinero,
Porque es señor muy carero
Este señor Pivardier.

*** Este monólogo fué escrito con motivo de la inundación de Consuegra.**

El vestido que vendí,
Lo que me dió mi mamá
En esta compra invertí;
Papá, al cabo, dice: ¡Sí!
Y... ¡Pedid y se os dará!

Ya imagino qué bonita
Estará *baby* (hablo inglés)
Cuando mire la cajita,
Y diga — Daca, hermanita,
Dámela pronto, ¿qué es?

Yo también, ¡qué tiempo ha!
— ¡Ayer veinte años cumplí! —
Pedía rorros á papá...
Desde que somos... *así*
Ya imitamos á mamá.

Guardo en mi ropero aún
Una muñeca alemana
Que canta como *zint-zun*
Y fué regalo de un
Pretendiente de mi hermana.

Pues... las hermanas menores
Aprovechan los noviazgos
De las hermanas mayores...
Y así logran los señores
Evitar los reportazgos.

Le puse de nombre Rosa,
¿Verdad que es bonito nombre?
Me obedece, no es celosa...
¡Vamos, si yo fuera hombre,
La quisiera para esposa!

Siempre que abro el ropero
Para sacar el dinero
Y dárselo á la modista,
La busco, porque no quiero
Perderla nunca de vista.

También conservo las rosas
Del primer baile, ¡ya secas!
Le dí una á... ¡qué cosas!
¡Tal vez fuimos más dichosas
Cuando compramos muñecas!

¿No era muy feliz en esos
Tiempos apenas pasados?
Para mi muñeca, besos,
Cada domingo, tres pesos;
¡Y no hablaban de inundados!

¡Qué recuerdos! Me consuela
Revolver ese cajón...
Allí guardo hasta la vela
Que llevé cuando chicuela
Para hacer mi comunión.

Era un viernes de Dolores,
Íbamos cuarenta... ¡más!
¡Qué vestidos! ¡Qué primores!
En las calles, ¡cuántas flores!
¡Y qué alegres mis papás!

*
* *

¡Me saltan los pensamientos!
Allá cuando el tiempo pase,

¡ Pasan los meses tan lentos !
¿ Veré á mis padres contentos
La mañana en que me case ?

Tengo todo preparado,
Porque la moda es muy rígida;
Me caso, por de contado,
Si no en el Arzobispado,
Un jueves en Santa Brígida.

El civil sin lujo — bien —
Una eleganta tertulia.
¿ Modista ? La de Guerin
Ó la de Coblentz : También
Puede ser que escoja á Julia.

Después, si quiero y si puedo,
Un rápido viaje á Europa...
No por el Paso ó Laredo...
¡ Al mar no le tengo miedo !
¡ Y á París ! ¡ Á comprar ropa !

Y después... ¡ Otro después !
Tras de ir de Ceca en Meca,
Hablando inglés y francés,
Después... ¡ qué vergüenza ! pues,
Me darán otra muñeca.

¡ Cuánto, cuánto se amará
Á esas niñas tan *güeras*...
Ó morenas !.. ¡ Dios dirá !
Que saben decir ¡ Papá !
¡ Y que lo dicen de veras !

¡Qué placer el de vestirlas!
¡Qué alboroto de bañarlas!
Y por la noche cubrirlas,
Y en la mañana lucirlas
Y á la Alameda sacarlas.

Desdémona la de Otelo
Y Margarita en la rueca,
¿Qué le pidieron al cielo?
Lo que se pide al abuelo
Cariñoso: —¡mi muñeca!—

Porque en esto la mujer
Es constante: necesita
Una muñeca bonita,
Y hoy, lo mismo que ayer,
Hacerle la *comidita*.

Primero es el arlequín:
La mona llena de cerda;
Y la de cuerda... y por fin,
La muñeca figurín...
¡Y esa tiene mucha cuerda!

Después, ¿por qué ha ser malo?
Se aspira al dulce regalo
De muñecas que den beso:
Primero son las de palo;
Luego... las de carne y hueso.

Hasta la madre, Señor,
Cuando ya se llama suegra,
Juega con su nieta, y por
Su salud y por su amor
Da á los pobres de Consuegra.

*
* *

¡Santo Dios! ¡Qué habladuría!
La que charla mucho, peca;
Pero hay, ¡quién lo diría!
Muy honda filosofía
Adentro de mi muñeca.

Si alguna hijita tuviera
— Nadie diga *no* ni *sí* —
Así guardarla quisiera
Y deseara que estuviera
Como ésta : siempre así

Siempre en su caja de raso
Acolchonado, escondida;
Sin correr, sin dar un paso,
Sin moverse... por si acaso
Es como dicen la vida.

Cuando crecen, las cortejan;
Las halagan, las emboban,
Y de nosotras se alejan...
Las muñecas no nos dejan;
¡Á las hijas nos las roban!

Que en ningún hombre condense
Sus sueños de juventud...
¡Que mi muñeca no piense!
Estas, de la Parisiense
¡Gozan de buena salud!

Abro el cajón. La veré.
Listones... libros de escuela...
Flores, guantes, mi bebé,
¡Jesús! ¡Y el polichinela
De mi hermano el que se fué!

¡Era tan rubio y bonito!
Y estaba tan palidito
Cuando mi papá le dió
El muñeco... ¡pobrecito!
¡De cinco años se murió!

No sé qué le recetaron
Y no lo quiso tomar,
Por más que le suplicaron,
El muñeco le compraron
¡Y ya no pudo jugar!

Con ojos muy tristes viendo
El muñeco, lo cogió;
Y ya alzarse no pudiendo,
Se fué yendo... se fué yendo,
Hasta que, al fin, se murió.

Lo abrazaba mi mamá
¡Hijo! ¡Encanto! ¡Idolo mío!
— ¡No! ¡No! ¡gritaba papá! —
¡Y el niño en su cama ya
Estaba rígido y frío!

. . . .

¡Cuando recuerdo esas cosas!...
Adornaron la capilla

Con lirios y blancas rosas,
Allí rezamos llorosas,
¡Y él se fué para la Villa!

Pensando en esa amargura
Ya de antemano me aflijo...
¡Dios santo! si á mi ternura
Aguarda tal desventura,
¡No quiero, no quiero hijo!

¡Qué tonta! Si me hace mal
Revivir memorias negras!
Á ver: *El Universal*:
Carlos Gris... Teatro... Oficial...
Inundados y Consuegras.

¡Jesús! Ya es triste leer
Estos diarios noticieros:
Uno mata á su mujer;
En Chiapas no hay que comer;
Y en toda España aguaceros.

También cuántas desgraciadas
Habrán visto por allá
Á sus niñitas amadas,
En las olas encrespadas
Morir gritando: ¡Mamá!

Díganme lo que dijeren,
Esta es injusticia á secas;
¿Por qué tantos niños mueren?
Pues qué ¿los ángeles quieren
Mil millones de muñecas?

Otros niños, sin embargo,
Me inspiran mayor terneza,
Y su llanto es más amargo:
Morir... ¡no es asunto largo!
¡Ser huérfano! ¡Qué tristeza!

¡Qué vida tan desvalida
La suya! Niños, y ya
Nadie los ama y los cuida;
¿Para qué quieren la vida
Los que no tienen mamá?

¿Qué porvenir les espera?
¿Quién les dará su cariño?
¿Habrá alguno que los quiera?
¡Nada! ¡Cuando yo me muera
Me llevo conmigo al niño!

No por su apacible encanto,
No por amable y bonita,
Sino porque enjuga el llanto,
Porque ama á los niños tanto
Quiero tanto á Carmelita.

Imitarla bien querría
Pero ¿cómo? Yo no sé...
¿Qué daré?...—¿Cómo podría?
¡Ah! ¡Que se aguarde María!
¡Voy á rifar la *bebé!*

No hay *cuelga* para mi hermana:
Rifo mis premios de escuela,
El *pierrot* de porcelana
Y la muñeca alemana...
¡Pero no el polichinela!

Pongo en la caja más flores
Y los listones aprieto.
Que casen bien los colores.
—Ya está. — Pues, á ver, señores,
Si me compran un boleto.

1891.

Á MATILDE OLAVARRÍA

¡ Cuán tarde llegas al cercado huerto
Do, enfermo de vivir, sueña el poeta ;
Rosa ninguna su botón ha abierto
Y entumida se oculta la violeta !

Estaba el cielo muy azul; tenía
El fulgor de tu límpida mirada ;
Cerró la noche, y al nacer el día
Cayó muy lentamente la nevada.

¿ Por qué no tengo para ti más flores?
Siebel, pobre Siebel, hermano mío,
Dame aquel ramo, símbolo de amores,
Que trémulo dejaste en la ventana
De Margarita blanca ; aquél tan casto
Que sólo tiene lirios de pureza...
¡ Dale ese ramo níveo á mi tristeza !

Y vosotros, mis versos de otros días,
Los que fuisteis mis pajes, mis vasallos,
Los de arrogante airón, los halconeros
Resucitad, vivid, y que, sumiso,
Cante á la joven tímida, á la buena,
Á la que ostenta pálida azucena,
El ave más gentil del paraíso.

Id, góndolas de vela inmaculada,
Sueños que tuve cuando yo era niño.
Id, como alegre flota empavesada
Á llevarle mis flores de cariño.

Se acerca Mayo ; leves mariposas
El aire pueblan ; resurgid, canciones,
Y ofreced á Matilde muchas rosas
¡Que derramen aroma de ilusiones!

A VICENTE RIVA PALACIO

POETA — GENERAL — MINISTRO

Con túnicas blancas se acercan los niños
De azules jacintos se cubre el altar,
Y rubias doncellas, de níveos corpiños,
Avanzan, ceñida le sien de azahar.

¿ Quién es el que parte ? ¿ Por qué de Neptuno
Imploran las preces piedad y favor ?
¿ Por qué sacrifican palomas á Juno,
Y el coro preside severo lictor?

. . . .
. . . .

Poséidon cerúleo, con soplo suave
Los vientos alisios te plazca impulsar ;
¡ Al nauta protege ! Protege la nave,
¡ Señor del potente, velívolo mar !

Á ti confiamos precioso tesoro;
Enfrena los vientos, ¡ las olas detén !
Las blancas nereidas sus trenzas de oro
Ufanas columpian en blando vaivén.

Quien hoy, sonriendo, la playa abandona
Y surca tus senos de verde cristal,
Ostenta en sus sienes la verde corona
Del patrio guerrero, del vate inmortal.

El dios soberano del arco de plata
Con clámide blanca su cuerpo cubrió,
Y el manto soberbio de seda escarlata
La Guerra implacable, vencida le dió.

Él es nuestra gloria: si canta, sorprende
El son de su lira labrada en marfil;
Patriótico fuego los pechos enciende
Y el brazo sacude vigor juvenil.

¡Ampara, Poséidon, la barca viajera!
¡Tu férreo tridente sujete la mar!
¡Que le abra Neptuno la playa extranjera
Y quieran las Gracias sus pasos guiar!

. . . .
. . . .

El coro enmudece; é impávida y grave
Se aleja del templo gentil procesión.
Anclada en el puerto se mece la nave...
¡Poséidon escuche la tierna oración!

1894.

EN EL ÁLBUM

DE LA

SENORITA DOLORES MIRANDA

Tan blanca vas por la existencia humana,
Tanta virtud tu espíritu atesora,
Que sólo ha de cantarte la mañana
Con los castos arrullos de la aurora.

La juventud te lleva en su barquilla,
Te prodiga sus flores la belleza
Y te alejas, cantando, de la orilla
Donde queda, enlutada, la tristeza.

¡Oh barca, la de vela inmaculada!
¡Oh brisa que columpias á las rosas!
¡Ola azul, de luceros salpicada!
¡Sonrientes nereidas amorosas!

¡Llevadla blandamente á la ribera
En donde crecen mirtos y azahares!
¡Id más aprisa, que el amor espera,
Y sed piadosos, implacables mares!

En la playa sombrosa que muy lejos,
Se ve desde la barca estremecida,
Amores santos y cariños viejos
Os piden protección para esa vida.

¡ Abran las ondas al bajel camino !
¡ Mar de la vida, tu furor enfrena !
¡ Y que sea dichoso su destino,
Como ella es pura y apacible y buena !

1895.

NON OMNIS MORIAR

¡No moriré del todo, amiga mía!
De mi ondulante espíritu disperso,
Algo en la urna diáfana del verso,
Piadosa guardará la poesía.

¡No moriré del todo! Cuando herido
Caiga á los golpes del dolor humano,
Ligera tú, del campo entenebrido
Levantarás al moribundo hermano.

Tal vez entonces por la boca inerme
Que muda aspira la infinita calma,
Oigas la voz de todo lo que duerme
¡Con los ojos abiertos en mi alma!

Hondos recuerdos de fugaces días,
Ternezas tristes que suspiran solas;
Pálidas, enfermizas alegrías
Sollozando al compás de las violas...

Todo lo que medroso oculta el hombre
Se escapará, vibrante, del poeta,
En áureo ritmo de oración secreta
Que invoque en cada cláusula tu nombre.

Y acaso adviertas que de modo extraño
Suenan mis versos en tu oído atento,
Y en el cristal, que con mi soplo empaño,
Mires aparecer mi pensamiento.

Al ver entonces lo que yo soñaba,
Dirás de mi errabunda poesía :
Era triste, vulgar lo que cantaba...
¡ Mas, qué canción tan bella la que oía!

Y porque alzo en tu recuerdo notas
Del coro universal, vívido y almo;
Y porque brillan lágrimas ignotas
En el amargo cáliz de mi salmo;

Porque existe la Santa Poesía
Y en ella irradias tú, mientras disperso
Átomo de mi ser esconda el verso,
¡ No moriré del todo, amiga mía!

1893.

SALMO DE VIDA

Á la Señorita Luisa Mercado.

Ya volvéis, mis amantes golondrinas;
Ya regresáis de vuestro largo viaje
Y en el atrio del templo, peregrinas,
Se estremece de júbilo el follaje.
De la rama que lenta balancea
Vuestros cuerpos ligeros,
Saltáis hasta el pretil de la azotea
Ó á los pardos aleros.
Y los santos de piedra, que en los nichos
De la vecina iglesia se levantan,
¡Parecen someterse á los caprichos
De las cosas que cantan!
Vuestro revuelto batallón parlero,
Juega del santuario en la cornisa,
Y, despertando al viejo campanero,
Le dice :
— ¡Perezoso, llama á misa!

Ya vuelves, Primavera,
Ya vuelves con tu séquito de amores,
Y se oculta en los fresnos vocinglera
La turba de los pájaros cantores.

Ya vuelves, coquetuela fugitiva,
Y, al rumor de tus gráciles pisadas,
Huyen las penas, el amor se aviva,
Y se buscan los silfos y las hadas.

¿ Por qué no vuelve en tu cortejo hermoso,
Entre flores y luz mi poesía?
¿Fuí su amante? Tal vez... Tal vez su esposo..
¡ Pero me dice el alma que fué mía!
Recuerdo que en campestres excursiones,
Para expresar mis ansias más secretas,
Me prestaban sus versos los gorriones
Y algunos consonantes las violetas.
El hábil mirlo y el pichón sedeño,
La matinal alondra y la paloma,
Mientras vagaba triste en algún sueño,
Me daban versos murmurando:
— ¡Toma!
Hoy esas buenas hadas no me quieren,
Y mis enfermas, pálidas estrofas,
Abren los ojos, lloran ¡y se mueren!

Haz que vuelvan, amante Primavera,
Las que versos y cantos me enseñaron:
¡ Dormida entre mis brazos las espera
La musa que dejaron!
Dame flores, perfumes y armonías...
Pero no flores tuyas, ¡sino mías!
Pon en mi mano el fresco ramillete
Que llevaba Siebel á Margarita...
Ya asoma, sonriendo, á su ventana,
La pálida enfermita.

¡ Oh, qué invierno tan triste! ¡Cuán obscuras
Sus noches y cuán largas! De la muerte
Muy quedo nos hablaban;
La nieve, del sudario; y las estrellas
Como con muchas lágrimas brillaban.
Mudo el piano, y ávidas las flores
De fecundante riego;
En silencio los anchos corredores,
Tristes las almas y el hogar sin fuego.
Á la luz de muriente lamparilla
Anunciaba, vibrando, la mañana,
El toque de la taza de tisana
Herida por la breve cucharilla...
Tímida la esperanza; siempre ausente
La risa amable de los labios rojos;
Pensamientos muy torvos en la frente
Y el sueño siempre lejos de los ojos.
Temblor de corazones palpitantes
Cuando el doctor venía;
Miedo de preguntar, en los semblantes,
Si pensativo el médico salía...
¡Y cómo adivinaba el pensamiento,
En la atmósfera muda de la alcoba,
El vuelo cauto y el glacial aliento
De la que vidas y cariños roba!
Los amorosos padres, sin hablarse,
Con sólo una mirada se entendían,
Y sus tristes miradas, al cruzarse,
— ¡No puede ser! ¡No puede ser! decían. —

Pero volviste al cabo, Primavera,
Y ya la enferma en su balcón te espera.

¿Qué, no tienes más flores? ¡Dale todas!
Hoy con la vida celebró sus bodas.

Dispón, como te plazca, alegre fiesta;
Escribiremos el MENÚ en las rosas;
Todas las aves formarán la orquesta
Y el BUFFET servirán las mariposas.
Ordena que de luz se vista el cielo
Y manda que despierten muy temprano
Á tu tenor de gracia, el arroyuelo,
Y á tu bajo profundo, el Océano.
Di á tus siervos los raudos colibríes
Que traigan flores de perfume llenas,
Haz platos con hojitas de alelíes
Y copas con las blancas azucenas.

La sombra queda atrás: no está invitada;
Envidiosa en la puerta se detiene:
Vendrá la noche, de astros coronada,
Pero aquélla... la otra... la enlutada...
¡Esa, no puede entrar! ¡Esa no viene!

Sólo yo, Primavera azul y hermosa,
Para el festín no tengo ni una rosa.
Volviste; los botones se entreabrieron,
¡Pero mis pobres versos no volvieron!
Ve, pues, en mi lugar, tú que sí cantas,
Tú, que trajiste la salud, la vida,
Tú, Primavera, la de aladas plantas,
La que despiertas á la luz dormida.

En las sonoras alas de tus brisas,
Llévale alegre tus fragantes dones,
Y así como entreabres los botones,
Entreabre sus labios con sonrisas.
Tú, que las iras del invierno calmas,
Nuestra inquietud, nuestro temor serena...
¡ Qué gozo ! ¡ Ya está sana ! ¡ Ya está buena!
¡ Ya estás, oh Primavera, en nuestras almas !

1893.

VERSOS DE ÁLBUM

PARA LA SRITA. MARÍA TORRES RIVAS

Princesita de Cuentos de Hadas,
La gentil, la fragante, la esbelta,
¿ En qué astro se abrieron tus ojos ?
¿ De cuál concha brotó la belleza
De tu cuerpo ondulante y gallardo
Como línea de ánfora griega ?
¿ De las ondas saliste cautiva,
Como búcaro fresco de perlas,
Ó saltaste, temblando de frío,
De la copa de blanca azucena ?
¿ En qué lirio labraron los genios
Ese cuerpo de hada, Princesa ?

Cuando pasas, el aire se entibia
Y de aroma suave se impregna,
Se estremece de amor el follaje,
Palidece la nívea gardenia...
Los botones de rosa, encendidos,
En voz baja murmuran : ¡ es ella !...

¿ Á qué Príncipe estás prometida ?
¿ Qué castillo en el bosque te espera ?
¿ Es acaso el de torres de oro,
Ó el ebúrneo del rey de Bohemia ?

¿ El que tiene diamantes por gradas,
En la ancha, triunfal escalera,
Ó el palacio de gotas de iris
Que en sus alas los cisnes elevan ?
¿ Lohengrin, en un rayo de luna
Baja á verte, cautiva Princesa ?

Soñadora de dulce mirada,
De mirada profunda que sueña
Y que baja del alma á lo hondo
Y en lo hondo del alma se queda,
Las venturas, cual blancas palomas,
Revolando sumisas, te cercan,
Y tu mórbido cuello acarician
Y en tus hombros de nieve aletean.
... Soñadora de dulce mirada
Y de cuerpo gentil de Princesa.

1894.

PARA LA CORONA FÚNEBRE

DE LA

SRA. JUANA DIEZ GUTIÉRREZ

DE DIEZ GUTIÉRREZ

Venid, cantores, y de rosas frescas
Cubrid el ara sepulcral : suspire
La brisa tremulante su elegía ;
Huya la luz... y silencioso expire,
¡ Sin esperanza, sin consuelo el día !
Si la muriente claridad suave
Ha de encontrar, al toque de oraciones,
El amoroso nido sin el ave,
Y en el rosal los huérfanos botones ;
Si ha de ver á los niños enlutados
Muy tristes regresar por el camino,
Con los ojos diciéndose callados :
— ¡ Volvieron á engañarnos... y no vino !
Si á la hora de amor y de reposo,
Cuando se busca en el hogar la calma,
No ha de traer para el amante esposo
Más que la inmensa soledad del alma ;
¡ Huya, que nadie su llegada espera,
Y todo en sombras y silencio muera !

¡ Salid, salid, estrellas pensativas !
Nunca de vuestros rayos se recata
Quien llora por las dichas fugitivas
Que rápida la muerte le arrebata !
¡ Salid, salid ! Á vuestra luz silente
Más diáfana se torna la blancura,
Y de la estatua funeral, viviente
Parécenos la pálida hermosura.
Hora de los encuentros milagrosos,
De las citas con seres ya perdidos,
Si te olvidan, gozando, los dichosos,
Te buscan con afán los afligidos.
Llega, tú, la que guardas el secreto
De la perenne, inextinguible vida ;
¡ Llega y despierta con tu beso casto
Á la hermosa dormida !

1894.

Á LA CORREGIDORA*

Al viejo primate, las nubes de incienso;
Al héroe, los himnos; á Dios, el inmenso
De bosques y mares solemne rumor;
Al púgil que vence, la copa murrina;
Al mártir, las palmas; y á ti — la heroína —
Las hojas de acanto y el trébol en flor.

Hay versos de oro y hay notas de plata;
Mas, busco, señora, la estrofa escarlata
Que sea toda sangre, la estrofa oriental:
Y húmedas, vivas, calientes y rojas,
Á mí se me tienden las trémulas hojas
Que en gráciles redes columpia el rosal.

¡ Brotad, nuevas flores! ¡ Surgid á la vida!
¡ Despliega tus alas, gardenia entumida!
¡ Botones, abríos! ¡ Oh mirtos, arded!
¡ Lucid, amapolas, los ricos briales!
¡ Exúberas rosas, los pérsicos chales
De sedas joyantes al aire tended!

* Esta poesía, la última del Sr. Gutiérrez Nájera, fué escrita para ser pronunciada por una señorita al colocarse la primera piedra en el monumento que se está levantando á la Corregidora Domínguez en el jardín de Santo Domingo, de esta capital.

¿ Oís un murmullo que, débil, remeda
El frote friolento de cauda de seda
En mármoles tersos ó limpio marfil?
¿ Oís?... ¡ Es la savia fecunda que asciende,
Que hincha los tallos y rompe y enciende
Los rojos capullos del príncipe Abril!

¡ Oh noble señora! La tierra te canta
El salmo de vida, y á ti se levanta
El germen despierto y el núbil botón;
El lirio gallardo de cáliz erecto;
Y fúlgido, leve, vibrando, el insecto
Que rasga impaciente su blanda prisión!

La casta azucena, cual tímida monja,
Inciensa tus aras; la dalia se esponja
Como ave impaciente que quiere volar;
Y astuta, prendiendo su encaje á la piedra,
En corvos festones circunda la yedra,
Celosa y constante, señora, tu altar!

El chorro del agua con ímpetu rudo,
En alto su acero, brillante y desnudo,
Bruñido su casco, rizado el airón,
Y el iris por banda, buscándote salta
Cual joven amante que brinca á la alta
Velada cornisa de abierto balcón.

Venid á la fronda que os brinda hospedaje
¡ Oh pájaros raudos de rico plumaje;
Los nidos aguardan ; venid y cantad !
Cantad á la alondra que dijo al guerrero
El alba anunciando : ¡ Desnuda tu acero,
Despierta á los tuyos... Es hora... Marchad !

1895.

ODAS BREVES.

Á HIDALGO

Mil veces, Padre, en la nocturna calma
Del encinar bajo la sombra fría,
Ó en los mares del Trópico, tu alma
Habló calladamente con la mía.
Y veces mil junto al rojizo fuego,
En la verde planicie y en el monte,
Como la sombra de Elphenor el griego
Te he visto descender del horizonte.
Á mí te acercas : hasta el cuello sube
Tu ropaje talar, blanco y sencillo ;
Con religioso sobresalto avanzo,
Asir la fimbria de tu veste alcanzo,
Y besando tu mano, me arrodillo.
¡ No, Padre, no ! La voluptuosa Musa
Que mis cantos eróticos inspira
Acobardada y trémula, rehusa
La pindárica lira.
Es ninfa alegre cuya breve planta
Huella los myrthos y el laurel en Creta,
Es parda alondra que amorosa canta
En el balcón abierto de Julieta.
Es la Musa del goce y de la vida ;
Su labio moja lúbrico falerno,
No es la Musa robusta de los bravos
Que apura, en las veladas del invierno,
El áspero licor de los eslavos.

Déjala, pues, en su Tibur dormida,
Ó vagar, agitando el áureo tirso,
En la marmórea desnudez helena;
Su voz, á los amores consagrada,
Se eleva, como canto de sirena,
Á los jónicos ritmos ajustada.

De Atenas y Hermes el secreto ignoro
¡Pasa, Padre, de mí, tu cáliz de oro!

Yo sé bien que la excelsa poesía,
Del encumbrado Olimpo guardadora,
No ha prorrumpido en cantos seculares
Dignos de resonar en tus altares:
Dulces panales de estival colmena
Son nuestros cantos, hálitos de flores;
Y nuestra inspiración, vana ó beoda,
Sujeta siempre á femenil tarea,
No sube á los espacios de la idea
En las alas frementes de la Oda.

¡Aún aguardas tu epopeya augusta,
Aún esperas el buril gigante
Que ha de trazar tu gran bajo relieve
En las cimas eternas de la nieve,
Y rebusca hervoroso el mar de Atlante
Al bardo que traduzca sus rumores
Y con ellos te cante!
No te dimos piadosa sepultura
En nuestros versos, cual á raudo Aquiles
Pentélico sepulcro dió la Grecia;
Tu sombra corre tras ignoto Homero,
Como la sombra del gallardo arquero
En las cumbres nevadas de la Helvecia.

Pequeños somos para empresa tanta :
¡ Á la intacta cerviz de los volcanes
Sólo sube el condor, y al viejo Olimpo,
Por escala de montes, los titanes!
Nuestra Musa, pueril y desmedrada,
La débil Musa del placer y el llanto,
Blandir no puede la terrible espada,
La alta espada del canto.

Sólo un poeta púgil, vigoroso,
De nuestras grandes luchas viejo Alcides
Que la corona de silvestre olivo
Ganó bizarro, presentar merece
En forma escultural que no perece
Tu espíritu gigante redivivo.
Sólo él, Patriarca á cuya tienda acuden
Dispersas tribus con filiales dones,
Puede pulsar la lira septicorde
Á cuyo noble y entusiasta acorde
En tropel se levantan los tritones.
Es el poeta, ¡ oh Padre! es el primero :
¡Alma sonora de tu pueblo, Homero!
Alce ya el canto secular y rompa
En la cláusula ardiente de la guerra,
Suene su voz como broncínea trompa
Retumbando en las cuencas de la sierra.
Infunda inspiración, vigor derrame,
Haga hervir nuestra sangre generosa,
Y los nobles espíritus inflame
Desde la cruz del Sur hasta la Osa.
¡ Hiera, por fin, la tierra, el férreo paso
De tu egregio Tirteo,

Y piafe encabritándose Pegaso,
Domado por Orfeo!
Nosotros, los efebos sonrientes,
Llevaremos cantando á tus altares
Los jonios myrthos y las rosas sueltas,
Como iban las canéforas esbeltas
Á los templos olímpicos de Ares.

Á UN AMIGO

Mientras exhalen su lascivo aroma
Los myrthos á Afrodita consagrados,
Mientras espume generoso vino
En áurea taza, y corra enardecida
La sangre por mis venas — ¡ te lo juro ! —
No dejaré jamás que en ocio grato
Repose el corazón. En vano quieres
Que del templo de Venus me desvíe
Y que á Hermes fecundo me consagre ;
Filtro invencible mi vigor enerva,
Ajena voluntad mi pecho manda,
Y pues dueño no soy de mi albedrío,
Deja que en el retiro tiburiano
Abra todos mis poros al deseo,
Que yo, Felipe, como el gran pagano,
¡ Amo la forma y en la forma creo !
No son perpetuas las fragantes rosas
Ni es eterno el amor: pasan fugaces
Los juveniles ímpetus ; rendido
Quedaré como púgil inexperto
Que en los ístmicos juegos se fatiga,
Y entonces, burla de la edad lozana,
Hurtándome las Gracias sus favores,
Miraré cómo esquivan mi ventana,
Con burlona sonrisa, los amores.

13.

En tanto, amigo, que nerviosos puedan
Mis brazos apretar, y mis pupilas
Tengan á ratos resplandor de acero
Y malicia de víboras; en tanto
Que mis ruegos atiendan favorables,
Las Cintias, Lydias, ó Gliceras, vano
Tu consejo ha de ser: húmedo césped
Tiende su alfombra en el retiro umbroso,
El sol la sangre juvenil caldea,
Zumban enamorados los insectos,
Cisnes gallardos pensativos siguen
Del lago azul en las dormidas linfas,
Y, enfurecidos, á las blancas ninfas
Los sátiros caprípedos persiguen!

---

*
* *

¿Á quién la palma de hermosura toca
Sino á ti, la gentil ninfa hechicera,
En cuya fresca y purpurina boca
Nace el perfume y el amor espera?
Buscan tus labios revolando leves
Las abejas del ática: tu frente
Es predilecta de las jonias flores;
Alza, al copiarte, erótico murmullo
El arroyuelo que á tus pies resbala,
Y de tu voz el celestial arrullo
Al canto de las Piérides iguala.

De Apolo Smínteo las veloces flechas
Puso el amor en tus serenos ojos;
Atan las gracias tu virgínea zona,
Nunca por mano de mortal tocada,
Y Venus rubia envidia la corona
Por tus trenzas negrísimas formada.

¡Á ti la palma, á ti la copa de ónix
Y el Eros de marfil; á ti las vidas!
¡Á ti de Sycos las balantes greyes
Y del Tirreno abismo los corales!
¡Á ti mi corazón! oh joven reina
Amada de los dioses inmortales!

¿Reina no eres? Tu celeste encanto
Al propio olimpo su poder extiende,
Y de tus hombros torneados prende
Un invisible y majestuoso manto!

¡Oh de la dicha casta iniciadora!
¡Aquí en mi corazón tu sien reclina!
¡Oh numen del amor! ¡joven divina!
¡No partas en el carro de la Aurora!

Á LYDIA

¿Á cuántos engañaron tus promesas,
Oh Circe habilidosa? ¿Cuántos, dime,
Tus rojos labios de coral mordieron?
¿Cuántos de tus burlados amadores
Como propicias víctimas murieron?
Yo sé que todo cuanto dices, Lydia,
Es ca'culada red engañadora,
Que no hubo en el mundo más perfidia,
Ni mar, cerúlea ninfa, más traidora.
Pero disfrute yo de tus halagos,
Y sienta de tu boca estremecida
La càliente humedad cuando me besas,
Y mientan en buen hora tus promesas,
Aunque me cueste el despertar, la vida.

Á KÁMER

Versos rotundos de belleza antigua
Quisiera para ti: la griega lengua
Sobria y hermosa, y juvenal y fuerte,
Como la Diana Cazadora, fuera
La única digna de cantar tu gracia;
Por eso embebecido te contemplo,
Y mi canción, que tu beldad celebra,
Es como arroyo débil que se quiebra,
En las gradas de un templo!
En torno tuyo vagan los deseos,
Como abejas en torno de una rosa:
Tu mirada es el beso prometido,
Tu andar, es la cadencia silenciosa;
Cuando pasas, á labios y pupilas
En tumulto se asoman los amores
Para verte en silencio y admirarte,
Como al pasar el vencedor de Marte,
Salen los niños á arrojarle flores.
Y tú pasas ¡oh joven vencedora!
Terciado el arco en la marmórea espalda,
Mozos y viejos cantan tu hermosura
De pie sobre tu carro marfilino!
Mueven el aire sonorosas palmas,
Y cuando llegas, cual si un Dios llegara,
Se arrodillan las almas.

Nada á tu gloria falta : ni poetas
Que halaguen blandamente tus oídos,
Ni el doliente gemir de los vencidos
Que á tu carro magnífico sujetas.

---

*
* *

Jamás la forma que el poeta admira
Tuvo más noble encarnación humana,
Ni con blando compás y jonia lira
Te pudo enaltecer musa pagana.
Todo palpita en tu presencia, diosa;
No divides tu imperio con ninguna,
Y reinas en las almas por hermosa
Muy más que por sus dádivas, Fortuna.
¿Quién huye de tus dardos? ¿Quién no quiere
Ser víctima en tus aras ofrecida?
¿Quién, á la muerte con tu amor, prefiere
Los efímeros goces de la vida?
Sed insaciable de hermosura lleva
Mi voluntad á ti; tu forma veo,
Y con espasmos de placer se abreva
En tu mórbido encanto mi deseo.
El alma entonces de placer expira,
La boca tiembla, el seno se levanta,
Tus ropas huyen... y la tierra gira
—¡Oh Venus inmortal! — bajo tu planta...

Á UNA TIMIDA

Si no fuera tan breve
Esta que disfrutamos vida escasa,
Rogárate que en nieve
Trocaras ese fuego que te abrasa.

Mas son los inmortales
Muy avaros del tiempo : nos lo miden
Y en partes desiguales,
Para que alcance á todos, lo dividen.

Y como nadie sabe
Si parte larga ó corta le concierne,
Por miedo de que acabe
Su vida, á los placeres la discierne.

Goza, pues, sin recelo,
De tu verde mañana, que premiosa,
Sin que lo estorbe el cielo,
Vendrá después la muerte sigilosa.

Tus ímpetus no acorte
El miedo de pasar por casquivana,
Pues el que más te exhorte,
Como los otros, morirá mañana.

¿Qué los plácemes valen
Ni las censuras agrias, si los hombres,
Aun los que sobresalen,
Viven un poco menos que sus nombres?

¿Ni cómo desconfías
De la bondad de Júpiter inmensa
Si, contados tus días,
No puedes inferir eterna ofensa?

Por efímeros unos,
Por inmortales otros, su dictamen
Nunca hará que ningunos
Amantes, por seguirlo, no se amen.

Rabie iracundo el triste
Que sus favores disfrutar no puede:
Tú, vive cual viviste
Y al blando influjo de mi ruego cede.

¿Qué nos importa el necio
Cuya envidia, rugiendo, nos amaga?
Su cólera desprecio:
Prende, fulmina, y al brillar se apaga.

Á los dioses no insulta
Nuestro cariño: nunca su fiereza
Con suspicacia abulta
De los míseros hombres la flaqueza.

Con espíritu bravo
Sigue, pues, el camino de tu gloria,
Y ata, diosa, otro esclavo
Á tu fulgente carro de victoria.

---

*
* *

Parad el vuelo, taciturnas horas,
Raudos venid, ¡ oh goces no sentidos!
¡ Aun el Falerno tiñe de escarlata
El cristal de las copas ! Aun sostengo
La jonia lira de brillante plata,
Y de la esquiva juventud ingrata
¡ La voladora túnica detengo !

Deshojemos los lirios. Todavía
El canto epitalámico resuena,
Escancia Ganimedes ambrosía
Y Cintia con sus brazos me encadena ;
Sus párpados no entorna soñoliento
El ávido placer ; fragantes rosas
Alfombran el marmóreo pavimento,
Y hay lechos de marfil para las diosas !
Deshojemos los lirios. Y mañana
Cuando llegue el invierno entumecido,
En sus pálidos brazos de lesbiana,
Encuéntreme sin fuerzas y dormido !

ÚLTIMA NECAT

¡Huyen los años como raudas naves!
¡rápidos huyen! Infecunda Parca
pálida espera. La salobre Estygia
calla dormida.
¡Voladores años!
¡Dado me fuera detener convulso,
horas fugaces, vuestra blanca veste!
Pasan las dichas y temblando llegan
mudos inviernos...
Las fragantes rosas
mustias se vuelvan, y el enhiesto cáliz
cae de la mano. Pensativa el alba
baja del monte. Los placeres todos
duermen rendidos...
En mis brazos flojos
Cintia descansa.

Á UN TRISTE

¿Por qué de amor la barca voladora
con ágil mano detener no quieres,
y esquivo menosprecias los placeres
de Venus, la impasible vencedora?
  Á no volver los años juveniles,
huyen como saetas disparadas
por mano de invisible Sagitario;
triste vejez, como ladrón nocturno,
sorpréndenos sin arma ni defensa,
y con la extremidad de su arma inmensa,
la copa del placer vuelca Saturno.
  ¡Aprovecha el minuto y el instante!
Hoy te ofrece rendida la hermosura
de sus hechizos el gentil tesoro,
y llámandote ufana en la espesura,
suelta Pomona sus cabellos de oro.
  En la popa del barco empavesado
que navega veloz rumbo á Citeres,
de los amigos el clamor te nombra,
mientras, tendidas en la egipcia alfombra,
sus crótalos agitan las mujeres.

Deja, por fin, la solitaria playa,
y coronado de fragantes flores
descansa en la barquilla de las diosas!
¿Qué importa lo fugaz de los amores?
¡También expiran jóvenes las rosas!

Á UNA ARTISTA

En vano busco la gentil guirnalda
que á mi frente ciñeron los Amores :
¡ El tiempo la agostó ! Mas, á tenerla,
súbito de mis manos la arrancara
é hincando la rodilla temblorosa
las flores de Corinto deshojara
en tu ancha copa de marfil ¡ oh diosa !
¡ Oh predilecta del divino Orfeo !
¡ Oh reina de las brisas que susurran
en los délficos huertos ! Para oírte
interrumpen los dioses sus banquetes,
calla suspenso el apolíneo coro,
y tu canto nupcial, en lira de oro
acompaña el gallardo Musagetes !
¿ Quién á tu voz resiste, si encadenas
con vínculos de amor el albedrío ?
Ulises para oir á las sirenas
atábase en el mástil del navío.

Á LYDIA

Lydia : de tus encantos juveniles
Huyen los cautos : la ciprina diosa,
Maestra en amansar las voluntades,
En sus rodillas te alecciona astuta :
Miras y vences; hablas y fascinas,
Encubres tus intentos con cautela
Y cuando al bosque, Lydia, te encaminas,
Eros, en torno de tus hombros, vuela.

Mas no permitan los prudentes dioses,
Guardianes de mi suerte, que deponga
Las armas en tu altar, porque tu ahinco
Es hacer tributario mi deseo,
Rendir mi voluntad, y ya logrado,
Huir mis brazos en ligero brinco
Dejándome convulso y desarmado.

Lydia : porque ciñeran mi garganta
Tus brazos tan flexibles como llenos;
Y por sentir con labios y mejillas
El ondular de tus calientes senos :
Por estrecharte en la musgosa alfombra,
Diera todo mi ser ; pero contigo
Marcha la astucia, como tetra sombra...
Lydia, divina Lydia, no te sigo.

Á DYONISOS

Nada mejor que el vino : Ya se apure
En pobre taza de pulido barro,
O ya lo escancie joven Ganimedes
En áurea copa, á su poder supremo
Huyen despavoridos los dolores;
Venus propicia nuestra voz escucha,
Y al clamor juvenil cediendo grata,
Vencida al fin en amorosa lucha
Las cintas de su túnica desata.
No tracéis en el gran bajo-relieve
Del templo secular, al buen Dyonisos
Con decrépito aspecto y luenga barba;
Sus ojos el insomnio no sombrea,
Ni con mirada turbia ve impasible
La danza de las ninfas. Fuerte y joven
Persigue á las traviesas hamadriadas
Retoza con las náyades esbeltas,
Y Erígone gentil de trenzas sueltas
Le concede sus gracias codiciadas.
El ebrio que rojizo y mofletudo
Anda con paso soñoliento y tardo,
En nada se parece al dios gallardo
Que juega con las ménades desnudo :
Fresca la sangre por sus venas corre,
Húmedas rosas su cabeza ciñen,
Y de las gracias en el núbil coro

Sin áureo cetro ni flotantes ropas,
De la cratera cincelada en oro
Derrama el néctar en las hondas copas.
Sus pisadas alígeras despiertan
Al amor fatigado que dormita,
Sus dedos cierran, con suave peso,
Los párpados dolientes de la pena,
Y si al triclinio se aproxima, suena
En cada boca de mujer, un beso.
¡Oh, padre Anakreón, canta á Dyonisos!
Otros en honra del augusto Zeus,
De Poseidón cerúleo y Afrodita
El épodo triunfal canten sumisos;
Tú que á los vates del placer presides,
Celebra al dios de las jugosas vides:
¡Oh, padre Anakreón, canta á Dyonisos!

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

Paris. — Imprenta de la Vª de Ch. Bouret

